



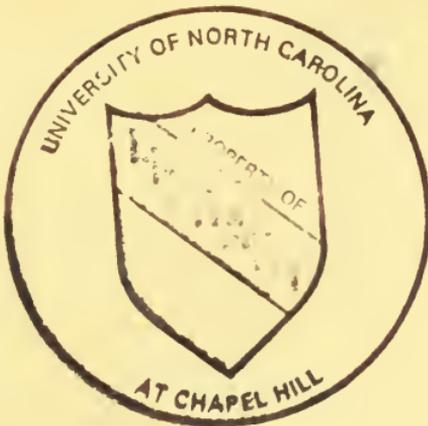
477

FRANCISCO ACEBAL

EL AMIGO MANSO

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN TRES ACTOS
DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO DE
PÉREZ GALDÓS

ESTRENADA EN EL TEATRO ODEÓN
el 20 de noviembre de 1917.



MADRID

1917



A Juan Fernandez
con mi agradecimiento;
Aceba.

EL AMIGO MANSO



FRANCISCO ACEBAL

EL AMIGO MANSO

ADAPTACIÓN ESCÉNICA EN TRES ACTOS
DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO DE
PÉREZ GALDÓS

ESTRENADA EN EL TEATRO ODEÓN
el 20 de noviembre de 1917.

MADRID

1917

AL GLORIOSO CREADOR DE
EL AMIGO MANSO
OFRENDA DE ADMIRACIÓN Y CARIÑO

2505-84

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
IRENE.....	CELIA ORTIZ.
DOÑA CÁNDIDA.....	IRENE ALBA.
DOÑA JAVIERA.....	MARÍA GÁMEZ.
LICA.....	CARMEN DÍAZ.
LUCA.....	ANTONIA PÉREZ BOIRA.
PETRA.....	MARÍA SANTONCHA.
REMEDIOS.....	ISABEL COZAR.
MELCHORA.....	ENCARNACIÓN DÍAZ.
CHECHÉ (niña).....	ELENA COZAR.
CHICHÍ (niña).....	CARMEN ÁVALOS.
MAXIMO MANSO.....	RICARDO PUGA.
JOSE MARIA.....	RAMIRO DE LA MATA.
MANUEL PEÑA.....	MANUEL SOMERA.
RUPERTICO.....	JUAN FERNÁNDEZ.

ACTO PRIMERO

Despacho de El amigo Manso. Muchos estantes de libros. Libros sobre sillas y mesas; libros y papeles por todas partes. Una puerta a cada lado. Ventana o balcón grande al fondo.

ESCENA PRIMERA

DON MAXIMO, trabajando. PETRA.

PETRA. ¡ Señor..., señor...! ¡ Don Máximo...! ¡ Parece sordo algunas veces! ¿ No me oye?

MÁXIMO. Ya te oigo, Petra. Es que estoy trabajando, y si me interrumpen, me cuesta luego mucho volver a coger el hilo. Es un arduo trabajo el que tengo entre manos, Petra: el prólogo a una nueva traducción de Hegel. ¿ Comprendes tú...? Es verdad: tú no comprendes, Petra.

PETRA. Lo que yo no comprendo es que una persona como usted se pase la vida sobre esos papeles y esos librotos. Se está usted desojando, y acabará por cegar del todo; que no habrá antiparras que le basten.

MÁXIMO. Eres muy charlatana, Petra.

PETRA. Porque le cuido y miro por su salud, como si fuera su madre. ¡ Que bien encargado me lo dejó la pobre cuando se fué de este mundo! Y yo le ofrecí cumplirlo, ¡ y bien sabe Dios que lo cumplo!

MÁXIMO. También te encargó hablar menos, y también

- sabe Dios que no lo cumples. Pero ¿qué olorcillo a mondongo traes contigo?
- PETRA. Tiene usted la nariz más espabilada que los ojos. Mire y goce; de doña Javiera.
- MÁXIMO. ¡Quita, mujer, quita! ¡Me mancharás las cuartillas!
- PETRA. Si esto no mancha. ¡Ni que fuera tinta! Que así tiene usted las manos: siempre con los dedos que parecen calamares. ¡Ya podía usted fregárselas!
- MÁXIMO. ¿Cuándo lo han traído?
- PETRA. Ahora mismo. Y manda a decir doña Javiera que está acabadito de llegar de Calendario.
- MÁXIMO. De Candelario, habrás querido decir.
- PETRA. Si lo hubiera querido decir, lo hubiera dicho.
- MÁXIMO. Pues debiste querer y debiste decirlo.
- PETRA. Esta doña Javiera, ¡qué vecina más amable! Parece mentira que sea una carnicera. Aunque ella con su razón lo hace. ¡Que para eso le está usted desasnando a su hijo!
- MÁXIMO. El hijo de doña Javiera nunca ha sido un asno, Petra.
- PETRA. No trato de ofender. Sólo digo que usted lo está puliendo; que si no es por usted, lo hubiéramos visto detrás de la tabla, muy reman-gao, cuchilla en mano, rajando cuarto trasero. Con perdón sea dicho. ¡Y quién le ve ahora, hecho un señorito, que ni asomarse quiere al establecimiento por miedo de pringarse!
- MÁXIMO. Basta, Petra; que corta y raja tu lengua más que la cuchilla de doña Javiera. Dime, Petra: ¿seguimos sin carta ni telegrama?
- PETRA. Ya lo ve usted.
- MÁXIMO. Mi hermano es capaz de presentarse aquí con toda su familia, sin avisar siquiera.
- PETRA. ¡Allá ellos se arreglen! A usted, ¿qué le importa?
- MÁXIMO. Hace ya dos días que han desembarcado en Cádiz, y sin la menor noticia. (Llaman.) ¿Oyes?
- PETRA. ¡Voy allá! ¿Será doña Cándida? Que ya sabe usted que estuvo esta mañana y la eché con cajas destempladas. ¡La muy...! ¡Esa sí que

saca raja, sin tabla ni cuchilla! Usted tan blando, y ella tan lagartona. O será su sobri- nita, que la manda de reclamo, porque sabe que con ella se ablanda usted más todavía.

MÁXIMO. ¡Pobre criatura! ¡Me da tanta lástima!

PETRA. ¡Eso es, ablándese usted, y entre tía y sobrina nos dejarán a pedir limosna!

MÁXIMO. Calla, y abre. Mira: si es doña Cándida, dile que vuelva mañana.

PETRA. No hace falta decirlo. De todas maneras, do- ña Cándida siempre vuelve mañana.

(Vase Petra.)

MÁXIMO. ¿Por dónde ando...? ¡Ah, sí! La ironía en el arte... ¿Será doña Cándida? Lo temo. (Aparece Petra.) ¿Es?

PETRA. ¡Como si fuera!

MÁXIMO. ¿Su sobrina?

PETRA. Ésa.

MÁXIMO. Que pase.

PETRA. Ya pasó.

MÁXIMO. ¿Dónde está? Que pase aquí.

PETRA. Está en el comedor; no quiere pasar aquí; dice que le da mucha vergüenza... ¡Es muy mirada la niña! Pero trae cartita de su tía. Tome usted y abra la bolsa.

MÁXIMO. (Lee la carta.) Esta doña Cándida. Lo de siem- pre. Que pase, que pase Irene. Esta mujer me arruina.

ESCENA II

DON MAXIMO MANSO e IRENE

MÁXIMO. Pasa, Irenita.

IRENE. ¿Molesto?

MÁXIMO. No, tú no molestas.

IRENE. Pero interrumpo su trabajo.

MÁXIMO. No importa. Siéntate.

IRENE. No, señor; usted tendrá que ir a su cátedra. Estaría usted estudiando. ¡Cuánto estudia usted, don Máximo!

- MÁXIMO. Tú también creo que ahora estudias mucho.
IRENE. ¡Bah! Por saber algo. Ya soy muy grande, y no sé nada: soy como una niña de la calle.
- MÁXIMO. Sí que estás muy grande. ¡Cuánto has crecido!
- IRENE. No se ría usted de mí.
MÁXIMO. ¿Reírme...? Eso, no. Al contrario.
IRENE. Es verdad. Usted no se ríe; usted es muy bueno; usted me tiene lástima.
- MÁXIMO. No, lástima tampoco. Si ahora tu vida es un poco triste, eres muy niña, eres muy buena, y serás feliz más adelante. Lo serás, porque mereces serlo.
- IRENE. Puede que lo merezca y puede que no lo sea.
MÁXIMO. La desgracia te hace hablar de ese modo tan pesimista.
- IRENE. No soy tan desgraciada. Yo creo que en la vida, aun lo más malo, algo tiene de bueno. ¿No es verdad, señor Manso? Todo es saber buscarlo.
- MÁXIMO. Hablas como un libro.
IRENE. ¡Ay, no, señor! Hablo por experiencia.
MÁXIMO. ¡Qué gracioso! ¿A tus años...?
IRENE. Pues a mis años. Sí, a mis años. Puede que usted, con tantísima sabiduría, tenga menos experiencia que yo de la vida; puede que usted, encerrado aquí siempre, entre todos estos libros, sepa todo lo que los libros dicen; pero la vida, ¡ay!, la vida no es un libro... ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué estoy diciendo? Perdóneme usted. Sospecho que le he faltado a usted al respeto. Perdóneme usted. ¡Cuánta tontería he dicho!
- MÁXIMO. No; sigue, sigue. Me encanta oírte... Pero ahora caigo en la cuenta: te has puesto de largo. Estás muy elegante.
- IRENE. Fué empeño de mi tía. Doña Cándida me quiere mucho. Si no fuera por ella, ¿qué sería de mí?, huérfana, sola... Este vestido, ella me lo regaló, y entre las dos lo arreglamos. Era un vestido de su juventud. Y la tela, que parece tan anticuada, creo que ahora vale—se-

gún ella dice—muchísimo dinero. Un anticuario de la Carrera le ofrecía un tesoro.

MÁXIMO. ¡Los tesoros que le ofrecen a tu tía!

IRENE. (Sonriendo.) Tiene usted razón. ¡Pobre doña Cándida! Me parece que sueña con tesoros: sus damascos antiguos, sus tierras de Zamorra, sus tapices flamencos, su *Virgen* de Murillo, su *Apóstol* de Ribera...

MÁXIMO. Tú ¿has visto todo eso?

IRENE. A las tierras nunca fuimos; dice que están muy lejos.

MÁXIMO. ¿Y las telas?

IRENE. He visto el arca donde están guardadas, con alcanfor, para que no se apolillen.

MÁXIMO. ¿Y los cuadros?

IRENE. Están depositados yo no sé dónde, porque quisieron robárselos. Pero he visto fotografías.

MÁXIMO. Sí, del Museo. ¡Ay, Irenita! El único tesoro de doña Cándida es el mío.

IRENE. Le molestamos a usted mucho. Yo no quisiera venir; ya le he dicho a mi tía que yo no vuelvo. Esto me da mucha vergüenza.

MÁXIMO. Pues harás muy mal, porque entonces vendrá ella, y es peor. Tu tía, con sus invenciones, me altera, me saca de quicio. Ven tú. No me duele acudir a su socorro: es una carga sagrada que me dejó mi madre, la cual tenía no sé qué extraña debilidad por doña Cándida; lo que no llevo con paciencia es su charla, sarta de embustes.

IRENE. Es usted muy cruel con mi tía.

MÁXIMO. Y tu tía más cruel conmigo... No te aflijas. Para demostrarte que no me importa, vas a permitirme un pequeño presente, como recuerdo de tu primer vestido largo.

IRENE. No, muchas gracias.

MÁXIMO. Vamos; no seas tonta. Una cosa cualquiera. La eliges tú misma. Toma: esto para tu tía, y dile que no venga a darme las gracias, que estoy muy ocupado. Tu tía, cuando me da las

- gracias, se enternece, llora, y su llanto me sale un poco caro.
- IRENE. También me encargó mi tía preguntar a usted si había noticia de los cubanos. Está impaciente por verlos. La pobre, los quiere tanto...
- MÁXIMO. Pero, Irenita, si no los conoce.
- IRENE. Pues los quiere mucho.
- MÁXIMO. Pues, nada, nada: dile que no hay noticias. (Entra Petra.)
- PETRA. Aquí está el hijo de doña Javiera.
- MÁXIMO. El señorito Peña, se dice.
- PETRA. El señorito Peña siempre será para mí el hijo de doña Javiera.
- MÁXIMO. Libreme Dios de negarlo. ¿Por qué no pasa?
- PETRA. Como estaba usted con la sobrina de doña Cándida...
- MÁXIMO. La señorita Irene.
- PETRA. La señorita Irene siempre será para mí la sobrina de doña Cándida.
- MÁXIMO. Qué manía de no llamar a nadie por su nombre. Que pase, que pase. Es Manolito Peña, mi discípulo. Guapo chico.
- IRENE. Sí, mi tía me ha contado... Carnicero, ¿verdad?
- MÁXIMO. Pero no corta.
- PEÑA. (Desde dentro.) ¿Se puede?
- MÁXIMO. Adelante. (Entra Manolo Peña, que se queda contemplando a Irene.)

ESCENA III

IRENE, PETRA, DON MAXIMO MANSO, MANOLO PEÑA

- MÁXIMO. Anda, Irenita, compras lo que más te guste... ¡Ah!, se me olvidaba presentaros. Manolo Peña, mi discípulo; buena pieza, un poco destornillado. Irene García Grande, ya tú sabes...
- PEÑA. No, señor; no sé nada.
- MÁXIMO. Sí, hombre, sí: sobrina de doña Cándida. Mil veces te hablé de ella.

- PEÑA. No, señor ; no, nunca.
- MÁXIMO. Si hasta la habrás visto alguna vez aquí.
- PEÑA. ¿Aquí? No, señor, no. Don Máximo, la tendría usted escondida.
- IRENE. (A Peña.) Yo tampoco le he visto a usted nunca en esta casa.
- PEÑA. Me habrá usted visto abajo, en la carnicería.
- MÁXIMO. Mira, Irene, escoges lo que quieras. Y a tu tía le dices que hoy no puedo complacerla en todo lo que me pide.
- IRENE. Muchas gracias. Es usted muy bueno ; tiene usted un corazón de oro.
- MÁXIMO. Pues que no lo sepa tu tía, porque me deja sin corazón. Adiós, y vuelve cuando quieras, siempre que quieras... ¡ Ah !, se me olvidaba. Dice tu tía que necesitas un libro, y que no quieres pedirlo. ¿ Qué libros necesitas ?
- PEÑA. Perdone usted, maestro. Señorita : esta biblioteca es impropia de usted : pura metafísica. Usted necesitará novelas ; mi biblioteca está bien surtida.
- IRENE. ¡ Es usted muy amable !
- PEÑA. ¿ Qué novela quiere usted ?
- IRENE. Yo quiero una Trigonometría.
- PEÑA. ¡ Oh !
- IRENE. Estoy haciendo mis estudios para entrar en la Normal. Leer novelas es muy bonito ; pero es un lujo. Yo no puedo tener lujos.
- MÁXIMO. (Con arrobamiento.) ¿ Qué tal ?
- IRENE. Usted lo pase bien.
- PEÑA. Señorita...
(Vase Irene.)

ESCENA IV

DON MÁXIMO MANSO y PEÑA

(Manolo la ve salir y hace un gesto de suprema admiración.)

- PEÑA. Maestro..., querido maestro..., es usted un tunantón. Sea dicho con todo respeto... ¡ Vaya una niña !

- MÁXIMO. Manolo, Manolito, ¿qué te figuras tú? ¿Serías capaz de imaginarte...?
- PEÑA. No, eso no; ¿de usted? ¡Ah!, nunca. Pero esto lo tenía usted muy calladito. Demasiado. ¿Es usted celoso, querido maestro? Aquí no entra nadie más que yo. ¿Serán de mí los celos?
- MÁXIMO. ¡Por Dios, Manuel! ¿Piensas que todos han de ser como tú, que en cuanto ves una falda...? En esto eres incorregible, y no conseguiré educarte.
- PEÑA. Sí, señor; lo confieso: un par de ojos bonitos me trastornan. Ha conseguido usted arrancarme hasta la afición a los toros; apenas bebo, apenas fumo...; pero, por Dios, don Máximo, déjeme usted admirar ojos negros.
- MÁXIMO. Si esta niña no tiene los ojos negros.
- PEÑA. ¡Ay, qué bien se sabe usted el color de los ojos de esta niña!
- MÁXIMO. Hoy estás empecatado.
- PEÑA. Yo me alegro mucho de que en este grave templo de la sabiduría éntre la gracia divina de una mujer joven y hermosa. Se lo diré a mi madre, que, como yo, ha de alegrarse mucho.
- MÁXIMO. No le vayas con cuentos a tu madre. A lo mejor, se figura otra cosa.
- PEÑA. Mi madre tiene por usted un cariñazo inmenso y no se puede figurar nada malo. Al contrario: siempre me está diciendo que le da muchísima lástima verle a usted tan solo en la vida.
- MÁXIMO. ¡Ay! Pues ahora sospecho que mi soledad se acaba.
- PEÑA. Es verdad: la llegada de su hermano...
- MÁXIMO. Con toda su familia. Figúrate tú. Yo, que en mi soledad soy tan feliz, Manolo. Esta filosofía que tú tanto aborreces me ha servido para abrirme a través de la existencia un estrecho sendero de paz y de silencio. De haber nacido en otros tiempos, es seguro que Máximo Manso vestiría sayal y leería los

místicos en la biblioteca de un monasterio. Aun hoy mismo..., algunas veces...

“Yo voy por esta solitaria tierra,
de antiguos pensamientos molestad,
huyendo el resplandor del sol dorado,
que de sus puros rayos me destierra.”

¿Lo recuerdas, Manolo? Es de Herrera.

PEÑA. “Yo vi unos bellos ojos, que me hirieron
con dulce flecha el corazón cuitado,
y que, para encender nuevo cuidado,
su fuerza toda contra mí pusieron.”

¿Lo recuerda usted, maestro? También de
Herrera. Para usted, la tierra solitaria; para
mí, los ojos bellos.

MÁXIMO. Basta de charla. Por cierto: dale a tu madre
las gracias. Un embutido excelente; digno de
un soneto de Herrera.

PEÑA. Ella subirá luego. Se ha acostumbrado a su-
bir todos los días. La pobre, en su viudez,
también está muy sola, y, como es de natu-
raleza tan comunicativa, la soledad la entriste-
ce.

MÁXIMO. Pues aquí, no sé qué puede hallar mi señora
doña Javiera.

PEÑA. Porque es usted demasiado modesto. Mi ma-
dre siempre habla de usted como el hombre
modelo, espejo de la juventud.

MÁXIMO. ¿Juventud? Me parece que nunca la he tenido.

PEÑA. Todos los sabios son ustedes lo mismo: vic-
jos prematuros. Por eso yo no quisiera ser
sabio: edúqueme usted, ilústreme usted. Mu-
cha historia, mucho arte, mucha literatura,
alas del espíritu; pero nada de metafísica,
que es lastre demasiado pesado.

MÁXIMO. Eso quiere decir que reniegas de mis ense-
ñanzas.

PEÑA. Eso no; en prueba de ello, aquí tiene usted
el ensayo que me encargó hace tres días.

MÁXIMO. Mañana hemos de verlo. Hoy no damos cla-

se, Manolo, porque me urge bajar a la imprenta con estas pruebas del Hegel. Están plagadas de erratas.

PEÑA. Le acompaño a usted.

MÁXIMO. Pues andando. Me parece que vuelve Petra.

PEÑA. ¿Sola?

MÁXIMO. No, desgraciadamente. Oigo la voz de mi enemigo. ¡Doña Cándida! Ven por aquí: puedo salvarme sin que me oiga. (Vanse.)

ESCENA V

DOÑA CANDIDA y PETRA

PETRA. Puede usted pasar sin cuidado: no hay nadie. Y puede usted esperar, y puede usted sentarse.

CÁNDIDA. ¡Qué contrariedad! Yo que venía buscando a mi sobrinita para ir al té de la Duquesa. Acabo de recibir la invitación. No importa: ya que estoy aquí, espero. El señor Manso no tardará mucho.

PETRA. Muchísimo.

CÁNDIDA. Pues entonces sí que me siento. No me haga usted cumplidos. Usted a sus labores. Yo, con echar mano de un libro, ya tengo bastante.

PETRA. Es que al señor no le gusta.

CÁNDIDA. Rarezas: todos los solterones son lo mismo. ¡No puedo ver a los solterones!

PETRA. Pues mire usted, señora, no se conoce.

CÁNDIDA. Qué mujer más descarada. Vengo por caridad, ¿sabe usted? Haciendo un sacrificio; porque este infeliz señor me da mucha lástima. El día menos pensado sabe Dios lo que puede sucederle. Ya debe estar me agradecida, aunque él crea lo contrario. Usted sabe que he sido gran amiga de su madre y que mi pobre marido, que en paz descansa, cuando ocupó altas posiciones, no hacía más que pro-

teger a esta familia de los Mansos. A mi marido se lo deben todo, todo. Y yo, en recuerdo del difunto, sigo haciendo cuanto puedo por este pobre hombre. Ya sé que no lo agradece, y que hasta rehuye mi presencia; pero no me importa; yo lo hago todo en recuerdo de mi difunto. Estoy desfallecida; salí de casa sin tomar nada, pensando en llegar al té de la Duquesa de André, mi gran amiga; pero, ya que usted se empeña en que espere al señor, me decido a esperarle. ¿Podría usted traerme una tacita de caldo?

PETRA. No hay caldo, señora.

CÁNDIDA. Pues una copita de Jerez, bizcochos; cualquier cosa, Petra. Con nada me basta.

PETRA. ¿No sabe usted que el señor no bebe?

CÁNDIDA. Es verdad. Pues podía usted freírme una lonchita de jamón.

PETRA. ¿Jamón en esta casa?

CÁNDIDA. No se haga usted la humilde; bien sabemos todos cómo está ahora de provista la despensa de este pobre catedrático, gracias a doña Javiera. ¡Es mucho esta doña Javiera! Tengo ganas de encontrármela delante.

PETRA. ¿Para qué, señora?

CÁNDIDA. No se alarme usted.

PETRA. Doña Javiera no hace más que corresponder a los desvelos que el señor se toma por educarle al hijo.

CÁNDIDA. Ya. ¡Qué mujeres, qué madres! Le digo a usted que si una no velara por este pobre señor... ¡Jamoncitos a mí! ¡No será ella mala jamona! Llaman. Será Máximo.

PETRA. Por el llamar, es doña Javiera.

CÁNDIDA. Pues llama como de casa. ¡Qué frescura!

PETRA. Ella es, sin duda.

CÁNDIDA. (Imperativa.) Que pase.

ESCENA VI

DOÑA CANDIDA y DOÑA JAVIERA

CÁNDIDA. ¿Es usted doña Javiera?

JAVIERA. La misma que viste y calza, para servir a usted.

CÁNDIDA. ¿Es usted la...

JAVIERA. Carnicera; servidora.

CÁNDIDA. Quería decir la madre de...

JAVIERA. Sí, señora; servidora.

CÁNDIDA. Muchas gracias.

JAVIERA. En esta misma casa, principal derecha, tiene usted a esta servidora. Y debajo, mi carnicería, para servir a usted.

CÁNDIDA. ¡Es usted muy amable!

JAVIERA. ¡Quiá, no señora! Es que soy de cerca de Candelario, y todos los de Candelario somos parejos. No es amabilidad, señora; es por el natural de uno.

CÁNDIDA. Pues todos los de Candelario son ustedes muy naturales.

JAVIERA. Es la que decía mi marido.

CÁNDIDA. ¿Candelario también?

JAVIERA. Por muchos años.

CÁNDIDA. Pero ¿no se ha muerto?

JAVIERA. Eso ¿qué tiene que ver, señora?

CÁNDIDA. Tiene usted razón.

JAVIERA. ¿No ha estado usted nunca en Candelario?

CÁNDIDA. Nunca.

JAVIERA. ¡Mire usted qué casualidad!

CÁNDIDA. La casualidad sería haber estado.

JAVIERA. Pues tiene usted que ir a ver aquello. ¡Tierra muy buena y muy fresca! De tiempo de invierno, frío.

CÁNDIDA. Suele suceder eso.

JAVIERA. ¿A que no sabe usted lo mejor de allí?

CÁNDIDA. El chorizo.

JAVIERA. El agua.

CÁNDIDA. Vea usted.

JAVIERA. Pues, sí, señora; donde está el agua de Candelario, que se quiten todas las aguas. Es la que decía mi marido: ni la de Loeches.

CÁNDIDA. ¡Ah! Pero ¿es purgante?

JAVIERA. ¡Quite usted! ¡Mejor todavía!

CÁNDIDA. ¿Qué tendrá el agua de Candelario?

JAVIERA. Tiene usted que ir allí a probarla.

CÁNDIDA. ¡Qué empeño!

JAVIERA. Y, a todas éstas, no sé a quién debo la honra de dirigirme.

CÁNDIDA. ¡Jesús! Señora viuda de García Grande.

JAVIERA. Como yo. ¡Qué casualidad!

CÁNDIDA. ¿Se llama usted García Grande?

JAVIERA. No, señora; yo soy Rico por mi padre, y Peña por mi marido. La casualidad es que las dos somos viudas. ¿Y hace mucho que enviudó usted?

CÁNDIDA. Diez años.

JAVIERA. ¡Qué casualidad!

CÁNDIDA. ¿Usted también diez años?

JAVIERA. No, señora; dos años.

CÁNDIDA. Pues no veo la casualidad, doña Javiera.

JAVIERA. Un año, justamente, antes del fuego. El se me murió tal como hoy, y, para celebrar el aniversario, ¡pum!, el fuego.

CÁNDIDA. ¡Ah! Pero ¿qué fuego?

JAVIERA. Pues el que se armó aquí mismo; que, si no da la casualidad de subir yo a tiempo, todos ardemos.

CÁNDIDA. ¡Ya, ya recuerdo! Es verdad; por poco arden ustedes.

JAVIERA. Yo salí chamuscada. De entonces viene el entrar en esta casa y tomarme esta confianza de buena vecina.

CÁNDIDA. Tómesela usted.

JAVIERA. ¿Verdad usted?

CÁNDIDA. Naturalmente. ¿Quién dirá que es usted viuda? ¡Tan joven!

JAVIERA. ¿Le parezco a usted muy joven?

CÁNDIDA. Jovencísima. Está usted como para volver a casarse.

JAVIERA. Proporciones nunca le faltan a una. ¿No es

verdad, señora? Bastaría lo acreditado del establecimiento. ¿Tiene usted también...

CÁNDIDA. ¿Proporciones?

JAVIERA. Establecimiento?

CÁNDIDA. Vivo de mis rentas.

JAVIERA. ¡Ay! Ya sé quién es usted. Ahora he caído.

CÁNDIDA. Ya se lo he dicho a usted: señora viuda...

JAVIERA. ¡Qué viuda! Doña Cándida; usted para mí no puede ser más que doña Cándida.

CÁNDIDA. Bueno; pues doña Cándida.

JAVIERA. Las ganas que yo tenía de tropezar con usted.

CÁNDIDA. Pues mire usted, doña Javiera; ahora sí que es casualidad: también yo estaba deseando este tropiezo.

JAVIERA. Sabría usted de mí por este bendito don Máximo, por este santo del cielo.

CÁNDIDA. No; Máximo no me ha dicho nada; ya sabe usted que Máximo es un hombre muy reservado, un poco hurón, metido en sí.

JAVIERA. Me deja usted pasmada.

CÁNDIDA. Puede que con usted sea otra cosa.

JAVIERA. Como si nos conociéramos de toda la vida. Que yo subo, que él baja. El tan sabio, yo tan zote; pues nada, que me encuentro en su casa como en la mía.

CÁNDIDA. Sí. ¿eh?

JAVIERA. Lo mismo. En entrando aquí, no soy mujer a salir.

CÁNDIDA. Verdaderamente.

JAVIERA. Esto no puede hacerlo una más que con un santo.

CÁNDIDA. Mire usted, doña Javiera; los santos en los altares.

JAVIERA. Eso pensaba yo hasta que di con éste.

CÁNDIDA. Y ¿dónde los prefiere usted ahora?

JAVIERA. Pues por el mundo, que es donde hacen falta; en el cielo, si toda la gente que vive allí es tan buena, no han de necesitarlos. Es la que decía mi marido.

CÁNDIDA. Su marido de usted lo decía todo.

JAVIERA. Como que tenía muy buenos golpes. Hom-

bre de mucho talento; en bruto, sin pulir, quiere decirse. Por eso a mi hijo, que también, según dicen, es un fenómeno de talento, quiero que me lo pulan. Y ya don Máximo me lo está puliendo. ¿Lo conoce usted?

CÁNDIDA. No, no, señora; no tengo ese gusto.

JAVIERA. Pues tiene usted que conocerle. No es porque sea mi hijo. Péguntele usted a don Máximo.

CÁNDIDA. ¿Para qué? Basta que usted lo diga.

JAVIERA. Como que don Máximo está lelo.

CÁNDIDA. Es posible.

JAVIERA. ¿Tiene usted hijos?

CÁNDIDA. Sólo una sobrina, que vive conmigo.

JAVIERA. Mándesela usted a don Máximo.

CÁNDIDA. ¡Oh!... Ya viene algunas veces. Sólo que a mí no me gusta. ¿Comprende usted? Una señorita llamada a ocupar rango social muy elevado, ¿comprende usted? Su madre, hermana de mi marido, era vizcondesa. Le corresponde el título a la niña; pero se empeña en no llevarle. Pobre huérfana, tuve que encargarme de ella. Sus padres la dejaron una fortuna bastante grande; pero muy embrollada. A fuerza de cuidados y de desvelos voy consiguiendo ponerla en orden. Ahora espero una institutriz que he pedido a Inglaterra. Es preciso educar a la niña con arreglo al rango. Gracias que mis tierras de Zamora llevan dos años de grandes cosechas y que con el Interior hice una jugada loca. Ahora vendo dos casas que no me representaban más que disgustos. Nada de casas. Tierra, doña Javiera, tierra. Usted estará por la carne; yo estoy por la tierra. Un poco de papel no estorba; pero ante todo tierra. Es lo sólido, lo positivo; yo estoy por lo positivo.

PETRA. Doña Javiera, suben de la carnicería que si puede usted bajar un momento. Que la están llamando a usted por teléfono del Matadero.

JAVIERA. Que voy.—Doña Cándida, ya sabe usted dónde tiene una servidora.

CÁNDIDA. Gracias, doña Javiera. Me alegro mucho saber dónde tiene usted su establecimiento, porque en mi casa se hace un consumo de carne horroroso, y precisamente nos la están dando que no hay quien la hinque el diente. Se lo diré a mi ama de llaves. He de advertirle que en mi casa todos los pagos a fin de mes. Es una antigua costumbre de mi administrador. Y yo la respeto.

JAVIERA. Como si quiere usted pagar a fin de año.

CÁNDIDA. ¡Qué he de querer! De ninguna manera. Muchas veces he intentado convencer a mi administrador de que es un mal sistema administrativo. Pero él erre que erre; montado a la antigua, de tal manera, que yo misma soy esclava de su tiranía, y si un pequeño despilfarro me desequilibra mediado el mes, desequilibrada me quedo hasta el siguiente. Algunas veces ha llegado a ocurrirme—; pás-mese usted!—tener que acudir a los amigos. La suerte que me conocen y les hace muchísima gracia el verme dando sablazos. ¡Muy gracioso! A mí misma acaba por divertirme. ¡Muy gracioso! La viuda de García Grande dando sablazos a los amigos.

JAVIERA. Sí que tiene gracia.

CÁNDIDA. Algo sabrá usted por Máximo.

JAVIERA. No, señora; don Máximo es incapaz...

CÁNDIDA. Pues, sí; me divierto en asustarle algunas veces. Y no crea usted, es agarradito.

PETRA. Doña Javiera, ¡el Matadero!

JAVIERA. ¡Ah, sí! Ahora voy.—Pues no la digo nada, doña Cándida; ya usted sabe dónde tiene una casa y una servidora para lo que guste.

CÁNDIDA. Pues sí que gustaré.

PETRA. Lo creo.

JAVIERA. Cómo me gusta la gente campechana. (Vase.)

ESCENA VII

DOÑA CANDIDA y PETRA

CÁNDIDA. ¡Qué peste! Abra usted ese balcón. No sé como pueden ustedes resistir este olor a carnaza. Estómago se necesita.

PETRA. ¡Jesús, qué exageración! Ya se conoce que no está usted acostumbrada a oler la carne.

CÁNDIDA. ¿Y que aquí no habrá ni un mal frasco de agua de Colonia? Cada vez que sube esta mujer debían ustedes desinfectar la casa. Y estas son las grandes amistades de Máximo, con todo lo que yo he hecho por meterle en el *gran mundo*. Podía haberle casado con una duquesa, y vea usted adónde viene a parar: una carnicera.

PETRA. Pero tan honrada como una duquesa.

CÁNDIDA. Ya lo creo; no me negará usted que es de pura sangre.

PETRA. Señora, que ya me está usted friendo la mía.

CÁNDIDA. No es para tanto.

PETRA. Lllaman.

CÁNDIDA. Abra usted.

PETRA. (Saliendo.) Será el amo, y me alegro; porque si no la carnicería se trasladaba a este cuarto.

ESCENA VIII

DOÑA CANDIDA y DON MAXIMO MANSO

CÁNDIDA. ¿Eres tú? Hace más de una hora que te estoy esperando.

MÁXIMO. Sí lo hubiera sabido, ya comprenderá usted, doña Cándida...

CÁNDIDA. Sí, ya comprendo que no habrías vuelto tan pronto.

MÁXIMO. No; no es que me esconda, señora.

- CÁNDIDA. Pero te molesta que venga a verte. Naturalmente, hombre; temes que me encuentre aquí con gentes que no son de mi clase.
- MÁXIMO. Todas las personas que vienen a mi casa son personas muy decentes.
- CÁNDIDA. ¡Muchas gracias!
- MÁXIMO. Y con eso me basta.
- CÁNDIDA. ¿A que no sabes con quién me he encontrado aquí?
- MÁXIMO. Usted dirá.
- CÁNDIDA. Con ella.
- MÁXIMO. Me alegro mucho.
- CÁNDIDA. Tú ya sabes quién es ella.
- MÁXIMO. No, señora.
- CÁNDIDA. Pues te advierto que me ha caído muy simpática; sencillota, francota, naturalota... Y, mira tú, apenas se le conoce la carnecería si no fuera porque descuartiza la lengua de Cervantes como si fuese lengua de ternera.
- MÁXIMO. Doña Cándida, tengo un trabajo muy urgente; le ruego me perdone, y si algo quiere de mí, que me lo diga.
- CÁNDIDA. Hijo, eso es como echarme. Cualquiera se figurará que yo no vengo a esta casa más que a pedir algo. ¡Ay, Máximo; si tu pobre mamá levantase la cabeza!
- MÁXIMO. ¡Por favor, señora; deje usted tranquila la memoria de mi madre!
- CÁNDIDA. ¡Oh, monstruo!
- MÁXIMO. No quiero, no; no quiero verla zarandeada a cada momento.
- CÁNDIDA. Pues mira tú, Máximo, lo que son las cosas; precisamente venía a traerte un recuerdo sagrado. Te estaba agradecida por lo que haces por Irené. ¡Pobre Irenita! Pero no, no lo mereces. Me volveré con el recuerdo para mi casa. Es un retrato de tu madre; de cuando la pobre tenía veinte años. Yo me muero cualquier día, y mejor está en tus manos. Toma, hombre. (Lo besa.) aunque no has de agradecerlo. El marco es plata maciza; también te lo regalo... Toda la vida estuvo así,

y ahora sería un sacrilegio el arrancarlo. ¿No te parece? Un sacrilegio.

MÁXIMO. Yo le pondré otro. Muchas gracias.

CÁNDIDA. Ha de ser éste, este mismo. Trabajo de platero antiguo; un primor. Hoy no te sabrían hacer otro lo mismo. Un anticuario llegó a ofrecermé quinientas pesetas; pero no, de ninguna manera; antes me corto las manos que arrancar de aquí el retrato de tu madre. Naturalmente. Y el retrato no voy a venderlo, ya comprendes. Y no es que las quinientas pesetas no me hiciesen falta; precisamente me coge en uno de esos momentos en que cualquiera vacilaría ante el sacrilegio. Yo no vacilo. Es tu madre. Toma.

MÁXIMO. Señora...

CÁNDIDA. Arráncalo si eres capaz. Me arrancarías el corazón.

MÁXIMO. No pretendo eso.

CÁNDIDA. Me das una alegría aceptándolo. Yo lo reservaba para tu hermano José María ahora que, según dices, vuelve de América; pero tú eres el preferido.

MÁXIMO. Muchas gracias. Tome usted, señora; yo no puedo llegar a las quinientas pesetas del anticuario; pero tampoco quiero causarle perjuicio.

CÁNDIDA. ¡Qué gracioso! ¿Vas a pagarme?... Bueno; mira tú, para que veas que tengo confianza, lo acepto. Eso sí, a condición de devolvértelo cualquier día; en cuanto mi administrador remita fondos. Otra cosilla tenía para ti; pero por no venir hoy tan cargada...

MÁXIMO. Guárdela usted; yo no necesito nada.

CÁNDIDA. Ya sabemos que te gustan las cosas antiguas. Buen gusto sí que lo tienes. Sólo que por ahí te engañan; te dan gato por liebre.

MÁXIMO. Yo no compro nada, señora; con mi modesto sueldo...

CÁNDIDA. Es verdad; tú lo que yo te regalo. ¿Y libros? Todo en libros. Por cierto; qué cabeza!, ya me iba yo sin un libro.

MÁXIMO. Pero ¿ha leído usted los otros?

CÁNDIDA. Pero ¿no te los he devuelto?

MÁXIMO. No, señora.

CÁNDIDA. ¡Ves qué cabeza! Bueno, dame uno. Tú tienes libros decentes. A lo mejor en las librerías sabe Dios lo que le dan a una. Te lo devuelvo en seguida.

MÁXIMO. Tome usted éste: *La vuelta al mundo*.

CÁNDIDA. Gracias. Me voy a divertir mucho dando la vuelta al mundo. Ea; te estoy entreteniendo. Abur, Máximo, que Irenita estará esperando por mí para ir al té de la de André.

MÁXIMO. Usted lo pase bien.

CÁNDIDA. El primer día que venga te traeré esa cosilla. No te digo lo que es; una sorpresa. Me estás dejando la casa desmantelada. Y ya sabes que doña Javiera me ha caído muy simpática. Seremos buenas amigas. Por de pronto estoy decidida a comer carne de su establecimiento. Adiós, hijo. Si yo tardo en venir mandaré a Irenita; no puedo pasarme cuatro días sin saber de ti. Pero no vayas a darle nada. Con tu modesto sueldo... No hagas locuras; tú no estás para gastos. Por cierto, este marquito está muy abollado. Lo llevaré a mi platero para que te lo arregle. Tú se lo darías a cualquiera y te llevaría un dineral. Trae, hombre; no creas que luego te voy a poner la cuenta. ¡Qué gracioso! Esto te lo pago yo. En cuanto esté te lo traigo. El retrato te lo dejo. Un retrato de tu madre no sale de casa. Adiós, ingrato, que esto tampoco has de agradecerme. (Vase.)

MÁXIMO. (Solo.) ¡Respiro, madre mía! Sólo por tu memoria no pongo a esta señora de patitas en la calle.

(Entra Petra.)

ESCENA IX

MAXIMO y PETRA

PETRA. ¡Gracias a Dios! La canción de todos los días, ¿verdad? Ya habrá sacado algo. Como siempre. Cuando no es la tía, la sobrinita. No vienen a otra cosa. Que una cartita, que un libro, que un recuerdo, que... ¡el demonio!

MÁXIMO. Sí, mujer; es cierto, muy cierto. Y sólo por mi madre, por su memoria...

PETRA. No puedo con ella; no puedo... Salió por la puerta llamando a doña Javiera, que si usted la viera... Ahora pegará la hebra en la carnicería, y a esa otra alma de Dios también le sacará algo. Porque ya han estado aquí contándose historias que creí que no acababan nunca.

MÁXIMO. Bueno, mujer; déjame solo. Necesito estar solo con mis pensamientos.

PETRA. No, si ya lo sé. Si usted los malos genios los paga conmigo. (Vase Petra.)

ESCENA X

MAXIMO e IRENE. Después PETRA y después TODOS.

MÁXIMO. ¡Todo sea por Dios! (Pausa.)

IRENE. (Dentro.) Nada más que un momento; sólo darle las gracias.

MÁXIMO. ¿Qué?... (Aparece Irene.) ¿Eres tú? Pasa, mujer.

IRENE. Un instante. Quería enseñarle a usted lo que he comprado. Mire usted.

MÁXIMO. ¿Libros?

IRENE. Sí, señor; aquí, a la vuelta, en el librero de viejo. Y aún me ha sobrado dinero. Tenga

usted. Una Trigonometría, que es lo que ahora me hacía falta. Quiero estudiar mucho; quiero saber mucho... Como usted.

MÁXIMO. ¡Pobre criatura! A ti no te hace falta la sabiduría.

IRENE. ¿Por qué no? Si voy a ser maestra...

MÁXIMO. Porque tú ya sabes lo más difícil de saber en la vida. Sabes ser un ángel.

IRENE. Sí, sí; un ángel... ¡Qué más quisiera! Pero aunque lo fuese, con la bondad no basta para ser maestra de niños en una escuela.

MÁXIMO. Tienes razón. En la escuela de los niños, no; en la escuela de la vida, sí.

IRENE. ¡Ay! Le estoy molestando. Y es que soy una charlatana, ¿verdad? Usted me perdone.

(Entra Petra rápidamente, agitada, gritando.)

PETRA. ¡Señor, señor, don Máximo!

MÁXIMO. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa? Mujer, me alarmas.

PETRA. Que ya están ahí. Que ya está la familia.

MÁXIMO. ¿Qué dices?

IRENE. Su hermano de usted.

PETRA. Toda la familia. Su hermano, unas niñas, dos señoras, un negro, una mulata... ¡Qué sé yo!

MÁXIMO. Pero ¿dónde?

PETRA. En la escalera. Suben con doña Cándida. Yo oí un griterío infernal, salí...

IRENE. Ya están aquí.

(Aparece José María, el cual se apresura a abrazar a Máximo.)

J. MARÍA. ¡Máximo! ¡Hermano mío!

MÁXIMO. ¡José María!

(Aparece doña Cándida con un gran saco de viaje; sucesivamente entran, con gran algarabía, Luca, Luca, Chucha, Remedios, Cheché, Chichí, Rupertico, con mil bártulos de viaje, con aire de mucha fatiga y de gran asombro. Miran a todas partes sin decir palabra, abrumados por la elocuencia de doña Cándida, que se supone que desde el portal no ha dejado de hablar.)

CÁNDIDA. Pasen, pasen, pasen por aquí; aquí descansa-

rán. Están ustedes en su casa. Luego irán ustedes al Palace, al Ritz. Ya buscaremos algo confortable.

LUCA. Gracias, gracias. Muy amable.

(Cuando don Máximo se repone de su emoción, mira a su alrededor y se vuelve a estremecer.)

MÁXIMO. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de mí ahora?

TELON

ACTO SEGUNDO

En casa de los americanos. En primer término una habitación de decorado muy sobrio. Diversos muebles elegantes, sí; pero de elegancia muy sencilla, nada lujosa. Sillones y alguna mesita de junco o de mimbres y cretonas floridas. A la derecha del espectador una gran puerta que comunica con la casa. A la derecha también, en segundo término, otra puerta más pequeña; es la puerta del cuarto de Irene. Esta puerta debe estar en un paño diagonal, entre la de primer término y el fondo, de manera que sea muy visible para todo el público. En segundo término una galería con todo el fondo de grandes vidrieras. En esta galería muchas plantas, muchas flores y muchos pájaros. Este segundo término ha de ser muy visible, muy abierto, mediante uno o dos grandes rompimientos. La galería se supone que comunica por la izquierda con la casa. Impresión general de alegría y comodidad, de sencillez y confianza.

Al levantarse el telón, las dos niñas, Cheché y Chichí, están sentadas frente a frente, ante una mesita, en un rincón de la galería, entre las plantas y las flores. Irene, cerca de ellas, dándoles clase. Rupertico, vestido de blanco, escucha en un rincón.

ESCENA PRIMERA

IRENE, CHECHÉ, CHICHÍ y RUPERTICO

IRENE. Vamos a ver, Cheché; el descubrimiento de América. ¿Qué sabes tú de eso?

CHECHÉ. *Naíta.*

RUPERT. (Sin salir de su rincón.) ¡Jí, jí, jí! No sabe *ná.*

IRENE. ¿Y tú, Chichí?

CHICHÍ. Yo le digo lo mismito que Cheché.

RUPERT. ¡Ji, ji, ji! No sabe *ná*.

CHICHÍ. Sé más que tú.

CHECHÉ. Tú no sabes leer, negro feo.

RUPERT. Pero yo sé que la América la descubrió don Cristóbal.

CHICHÍ. ¡Qué mentira!

CHECHÉ. ¡Embustero!

RUPERT. Chachita nos lo contaba todas las noches en el bohío, a la luz de las estrellas. Es una linda historia. Yo la sé *toíta* en verso.

CHECHÉ. No sabe escribir y sabe versos.

RUPERT. Ya escribo algo, que niña Irene me está aprendiendo. Cuando yo sepa escribir, todo lo pondré en verso.

IRENE. ¿Vas a ser poeta, Rupertico?

RUPERT. Pues ¿qué voy a ser si no?

IRENE. Bueno; déjanos acabar la clase.

RUPERT. Yo escucho quietecito en un rincón. Es lindo todo lo que usted cuenta.

IRENE. Vamos ahora con un poco de escritura.

(Las niñas se ponen a escribir. Irene viene a primer término.)

RUPERT. (A Irene.) Señorito Peña es muy rumboso. Me ha dado un peso y una carta. La carta es para usted; pero el peso es para mí.

IRENE. Trae. (Irene lee la carta con mucha ansiedad.)

RUPERT. Me ha dicho que ahorita viene.

IRENE. Te plantas en la antesala y no te mueves hasta que él llegue. Tú abres la puerta y haces que entre por aquí, por la galería, en vez de pasarle directamente a las habitaciones de los señores. ¿Comprendes?

RUPERT. Otro peso, seguro.

IRENE. Y silencio.

RUPERT. El negrito es mudo. (Vase por la derecha.)

ESCENA II

LOS MISMOS y JOSE MARIA por la galería.

(Irene sentada en primer término.)

J. MARÍA. ¡ Ah! Buenas tardes, Irenita. ¿ Estaba usted aquí? Hoy no la he visto en todo el día. No ha querido usted salir a la mesa a comer con nosotros.

IRENE. No es eso, señor... Es... Perdone usted. Ahora estoy con la lección de las niñas.

J. MARÍA. Ya, ya. No quiero importunar. Supongo se dejará usted ver luego. ¿ No? Siga, siga usted, Irenita. Hasta ahora, Irenita.

(José María acaricia a las niñas. Luego vase por la derecha. Irene relec la carta. Llegan Lica y Luca. Irene guarda precipitadamente la carta.)

ESCENA III

IRENE, LICA y LUCA, por la derecha.

(Las niñas siguen escribiendo.)

LICA. Aquí está Irenita. Venimos de tiendas. Mire cuánta cosa. Pero ¿ cómo han trasladado la clase a este sitio?

IRENE. Al volver de paseo nos hemos encontrado el cuarto de estudio invadido por la planchadora.

LICA. ¿ Es bueno! ¿ Y el cuarto de plancha?

IRENE. Lo cogió la costurera.

LUCA. ¿ Y el cuarto de costura?

IRENE. ¿ No se acuerda la señora que ahora es la despensa?

LICA. ¡ Qué mareo! En estas casas de Madrid todo es un revoltijo.

IRENE. Aquí estamos muy bien. Esto es más alegre y más tranquilo.

LICA. Si es un aposento casi de paso.

- IRENE. Por eso estamos tranquilas ; porque no pasa nadie. Aquí nos instalaremos definitivamente, y al lado mi cuarto, para guardar las cosas.
- LICA. Como usted quiera ; porque usted siempre tan amable, tan bondadosa. Esta Irenita es la bondad misma. Igualito que su tía, la pobre doña Cándida, que es una santa, lo más bondadosa. ¿ No es verdad, Luca ?
- LUCA. Por no importunar nuevamente a la pobre-cita, hoy nos hemos lanzado mi hermana y yo solas a comprar alguna cosa. ¡ Mire, mire !
- LICA. Qué tiendas lindas, ¿ eh ? Y los tenderos, todos tan bondadosos. Lueguito nos conocían que éramos forasteras, y, por consideración, nos hacían rebaja. ¿ Qué le parece ? Pero ¿ cómo conocerán tan pronto que no somos de la Península ?
- LUCA. ¿ Ha visto ?
- IRENE. Han comprado ustedes muchas cosas.
- LICA. Voy a mostrarle : cuatro cajitas de papel de cartas, por si alguna vez se me ocurre escribir alguna carta. Tres pesos, no más, cada una. ¿ Qué le parece ?
- IRENE. Muy bonito.
- LICA. Y de balde.
- LUCA. Dos marquitos lindos, para poner el retrato de usted y el de doña Cándida.
- IRENE. Si no tenemos retratos.
- LUCA. Para cuando los tengan.
- LICA. Unas bolsas de labor. Esto me animará a hacer alguna laborcita.
- IRENE. (Siempre inquieta mira hacia la galería.) Señora, perdone usted ; la lección de las niñas...
(Irene oye y habla sin saber lo que oye ni lo que habla, siempre con inquietud.)
- LICA. Tiene usted razón ; les dejamos ahorita. ¡ Ay, esto solamente ! Un despertador que es una cajita de música, porque yo me muero por la música, y que siempre es bueno tener en casa algo que le despierte a una cuando está dormida.
- IRENE. Sí, señora, sí ; muy bueno.

- LICA. Es un despertador que no molesta, porque no hace ruido.
- IRENE. Sí, señora, sí; esos de ruido son horribles; le despiertan a una en lo mejor del sueño.
- LICA. Vámonos, Luca, que están en clase.
- LUCA. Luego le mostraremos todo.
- LICA. Dígame, Irenita: ¿sabe usted si ha venido por acá Máximo?
- IRENE. Yo no le he visto.
- LICA. ¿Qué le parece? Dos días sin presentarse. ¿No es chocante?
- IRENE. Tiene sus trabajos, sus estudios.
- LICA. No, no; le digo que es muy chocante. Porque él nos quiere mucho. Tan bondadoso. (Con mucha intimidad.) ¿Le ha dicho a usted algo?
- IRENE. ¿De qué? No, señora.
- LICA. Pues por acá ya todos se lo hemos conocido.
- IRENE. Yo no sé el qué, señora.
- LICA. ¿Usted no ha visto?
- IRENE. Yo no he visto nada.
- LICA. El picarón quiere disimular; pero no puede: está prendado de usted.
- LUCA. Así mismo: prendado.
- IRENE. ¡Por Dios, señoras! Es verdad; sí; es verdad que don Máximo tiene por mí una compasión muy grande, porque don Máximo sabe lo desgraciada que he sido. Por él estoy aquí, al cuidado de estas niñas; por él tengo el calor de este rincón en esta casa, el amparo de ustedes; por él he probado un poco de paz en la vida por primera vez en mi vida. Si esto es lo que ustedes ven, sí, señora. ¿Quién no lo ha visto? Pero nada más que esto. Su compasión, su protección; puede que hasta esa ternura caritativa que inspira la desgracia. Le juro a usted que nada más, señora. Si fuera más, usted lo sabría; era deber mío que usted lo supiera.
- LICA. Irenita, es usted un ángel, y yo comprendo que un hombre de talento como Máximo esté prendado de usted.

- IRENE. ¡Yo le ruego a usted por Dios, señora mía, que no hablen ustedes de eso!
- LICA. No hablaremos más de ello. Pero ya verá cómo los dos llegan a quererse. Ya sabe el picarón de Máximo en dónde ha puesto los ojos. Si están ustedes hechos el uno para el otro. ¿No es verdad, Luca?
- LUCA. Enteramente.
- IRENE. Por lo que más quieran en el mundo, les suplico que no sigan.
- LICA. No se enoje por eso.
- LUCA. No se nos ponga brava.
- LICA. Es que la queremos, porque usted se lo merece.
- IRENE. Gracias.
- LUCA. Hasta luego, Irenita. No se enoje con nosotras. (Vanse por la galería.)
- IRENE. ¡Dios mío! (Con aire de abatimiento dolorido. Acude a las niñas, sin dejar de vigilar con inquietud hacia el fondo.)
- CHECHÉ. ¿Se ha puesto usted triste, señorita Irene?
- CHICHÍ. Se ha puesto triste porque no hemos sabido quién descubrió América.
- CHECHÉ. Es que mamita la ha reñido. No se aflija usted, que yo reñiré a mamita.
(Aparece Peña.)

ESCENA IV

IRENE y PEÑA

(Con mucha rapidez y ansiedad toda la escena.)

- IRENE. ¿Es usted, Manuel?
- PEÑA. Yo soy, Irene. Me ha dicho Rupertico que pasara por aquí, que usted tenía que hablarme, y eso es lo que le estoy rogando a usted hace muchos días: que hablemos; hablando se entiende la gente.
- IRENE. Sí, Manuel; pero calle usted ahora, que están las niñas.

- PEÑA. Entre usted y yo siempre ha de haber alguien, o siempre ha de haber algo que nos imponga silencio.
- IRENE. Luego, más tarde, buscaré un momento, aquí, a solas.
- PEÑA. ¿Recibió usted mi carta?
- IRENE. Acabo de leerla. ¡Qué injusto es usted conmigo!
- PEÑA. Y usted conmigo, ¡qué cruel!
- IRENE. Es que usted no se hace cargo de mi situación en esta casa, ¡y eso sí que es crueldad! ¿Piensa usted que tengo libertad aquí para hablar con usted ni para que usted me hable?
- PEÑA. Es que me basta una palabra; sólo una palabra, que puede usted decir en un segundo, ahora, ahora mismo.
- IRENE. ¡Una! ¡Tengo que decir tantas!
- PEÑA. Ahora, una; una me basta.
- IRENE. Pues esa, luego. Esa y todas.
- PEÑA. ¡Irene!
- IRENE. Déjeme usted ahora. Viene alguien.
(Vase Peña por la galería.)

ESCENA V

IRENE y MÁXIMO

(Irene sentada en primer término, haciendo una labor. Máximo se sienta a su lado.)

- MÁXIMO. Buenas tardes.
- IRENE. Don Máximo, buenas tardes. ¡Qué caro se vende usted! Hace dos días que no le vemos por esta casa.
- MÁXIMO. Me gusta que lleves cuenta de los días que no vengo. Como que ya me alegro de no haber venido, sólo por eso.
- IRENE. Acaban de decírmelo las señoras.
- MÁXIMO. Ya; fueron las señoras. A ti ¿no te importaba?
- IRENE. ¡Por Dios, don Máximo! ¿Cómo dice usted esas cosas? Yo ya me había acostumbrado a su visita diaria; todos, en esta casa, estaban

ya acostumbrados a verle a usted diariamente... (Sin levantarse; volviéndose a las niñas.) Cheché: levanta esa cabeza, baja ese codo.

MÁXIMO. ¿Decías, Irenita, que tú te habías acostumbrado a verme todos los días?

IRENE. Sí, señor; eso es. Le decía a usted que todos en esta casa le echaron a usted de menos.

MÁXIMO. A mí me quieren mucho todos. ¡Qué suerte tengo!

IRENE. La que usted se merece.

MÁXIMO. Gracias, Irene, gracias. El caso es que yo también había hecho una costumbre, dulce costumbre, de esta visita.

IRENE. ¿Por qué la interrumpe usted entonces? ¿Por qué no ha venido usted en dos días?

MÁXIMO. Mis estudios, mi clase; en fin, muchas cosas, muchas.

IRENE. Es verdad; comprendo muy bien que usted no puede venir todos los días. Tantas cosas, tantos trabajos como usted tiene... Pero, al menos, ¿no dejará usted de venir de cuando en cuando?

MÁXIMO. Vamos; como quien dice, de tarde en tarde.

IRENE. ¡Cómo está usted hoy, señor don Máximo! Sin usted, ¿qué sería de mí? Tan torpe como soy, tan desmañada, tan inútil para todo. Aunque fuera sólo por egoísmo, quiero que usted venga. Me parece que ya sin usted no soy mujer a dar un paso en la vida.

MÁXIMO. Y yo, sin ti, tampoco.

IRENE. (Con aturdimiento.) ¡Ay, ay! Me pasé de punto. Uno, dos, tres, cuatro. Trabajo perdido. A deshacer lo hecho. Ahora...

MÁXIMO. (Cada vez con más intimidad.) Estos dos días sin verte, me han servido para convencerme de todo lo que tú eres ya en mi vida.

IRENE. Pero ¡ve usted estas niñas! (Levantándose precipitada acude a las niñas.) Cheché, no te tires así sobre la mesa. ¡Qué dedos, chorreando tinta! Y tú, más fino, sin apretar tanto la pluma. (Vuelve a sentarse con la labor.) ¿Ve usted, cuánta paciencia se necesita? Y como hoy

no tengo la cabeza del todo buena... Porque le aseguro a usted que hoy tengo la cabeza como si diera vueltas.

MÁXIMO. Eso es del *champagne* de anoche.

IRENE. ¡Jesús, lo que usted dice!

MÁXIMO. Si lo sé. Vamos, que se te fué un poco la mano.

IRENE. Verá usted... Es que se empeñaron... Había convidados, ¿sabe usted? Me hicieron beber. Me dió un poco de mareo. Nada. Ellos se asustaron mucho. Pero, ¿quién le contó a usted...?

MÁXIMO. Manolo Peña, mi discípulo.

IRENE. ¡Ah!

MÁXIMO. Por lo visto, también estaba convidado.

IRENE. Sí, sí..., sí, señor.

MÁXIMO. Este Manolo, con su buen humor, nada más que por verte un poco a medios pelos...

IRENE. La falta de costumbre.

MÁXIMO. Pues tienes que irte acostumbrando. A mí lo que me extraña mucho es la intimidad de Manolo en esta casa. ¿No te parece a ti? Sobre todo con mi hermano; porque yo juraría que se ven el uno al otro como los seres más antipáticos del mundo. Y, sin embargo, el diablo del muchacho tiene marcada preferencia por esta casa. ¿No lo has observado tú?

IRENE. Muy bien, Cheché; así, derecho.

MÁXIMO. Y viene, al parecer, todos los días. ¿Verdad? ¿Si estará enamorado?

IRENE. ¿De quién? ¡Ay...! ¡Yo no sé nada!

MÁXIMO. Como no sea de la hermanita de mi cuñada... Es monísima la criatura.

IRENE. ¡Adiós! Se ha hecho aquí un nudo: tendré que cortar la hebra.

MÁXIMO. No; yo lo deshago.

IRENE. No; es mejor que cortemos.

MÁXIMO. Su madre ya está un poco preocupada.

IRENE. (En un arranque de terrible aturdimiento.) ¿Quién dice usted?

MÁXIMO. La madre de Manolo: doña Javiera.

IRENE. ¿Por qué...? ¡Ah! Ahora que me acuerdo:

¿me ha traído usted la Gramática que le he pedido?

MÁXIMO. Si tú no me has pedido nada.

IRENE. ¿No...? Es verdad. ¿Ve usted la cabeza? Tenía que pedírsela.

MÁXIMO. Pues sí, su madre...

IRENE. Pues sí, una Gramática cualquiera.

MÁXIMO. Te traeré la de la Academia.

IRENE. Esa.

MÁXIMO. El Epítome.

IRENE. Justamente. El... ése. ¿Lo ve usted? Ya marcha esto otra vez como una seda. ¿Qué le parece a usted esta labor, don Máximo? No me gusta estar mano sobre mano.

MÁXIMO. Eres muy laboriosa.

IRENE. Una hormiguita. Y, sin embargo, me parece que nací para cigarra. Este mismo trabajo, si he de ser franca, más que por trabajar, lo hago por entretenerme; lo hago por sujetar un poco esta imaginación, que vuela. Mi cabecita loca va como llevada por mis manos ligeras. ¡Cuántas cosas voy dejando prendidas en esta red de estambre, buenas o malas, tristes o alegres! Llega a parecerme que hago esta malla tan tupida, tan tupida, sólo por dejar en ella prendidos mis pensamientos. ¡Jesús, qué cara pone usted! ¿Por qué me mira usted de esa manera?

MÁXIMO. Porque te encuentro hoy desconocida; en dos días que he dejado de verte, no sé lo que hallo en ti de extraño. Tú no eres la misma; no, no eres la misma de hace dos días.

IRENE. Lo que le digo a usted: esta cabeza que está dando vueltas. Nada más que eso. Déjeme usted hoy; no me haga usted hoy caso. Debo de estarle pareciendo a usted una veleta. Es de esos días en que está una para que todo moleste, para que nadie nos hable. (Levantándose y acudiendo a las niñas. Máximo sigue sentado sin dejar de mirarla.) Bueno, niñas: podéis ya dejar la escritura. Es hora de merendar. Remedios os dará la merienda. (Las niñas abra-

zan cariñosamente a Irene y se van. Irene recoge papeles, plumas y libros. Al volverse, con todo entre las manos, se halla de frente con la mirada fija de don Máximo. Se desconcierta levemente.) Dispense usted; quiero guardar esto en mi cuarto; pero voy en seguida con ustedes a la sala.

MÁXIMO. Un instante. Una pregunta: ¿soy yo, acaso, el que hoy molesta?

IRENE. ¡Ay, don Máximo! ¡Perdón, perdón, si he dicho algo que pueda molestarle! ¡A usted, que le debo todo! ¡Perdón! Hasta de rodillas.

MÁXIMO. No, Irenita; no hagamos escenas; las aborrezco. No sigas, por Dios, la escuela de tu tía Cándida. Sencillez, sinceridad; sinceridad sobre todo.

IRENE. Sí, señor.

MÁXIMO. ¿Qué tienes?

IRENE. (Con explosión y arrebató.) Tengo..., tengo ansia de verme libre, ¿sabe usted? Lo que se dice hambre de ser dueña de mí misma; hambre de no sentirme bajo la esclavitud, unas veces de la miseria, otras, de... de la vergüenza.

MÁXIMO. ¿En esta casa?

IRENE. Si no fuera por usted, ya habría yo salido de ella.

MÁXIMO. Es que esta familia, estas señoras, ¿no son contigo todo lo que tú mereces?

IRENE. Todas son muy buenas.

MÁXIMO. Entonces, Irene...

IRENE. Yo se lo diré a usted cuando deba decírselo. Mientras pueda callarlo, déjeme usted que calle.

MÁXIMO. Comprendido: José María, mi hermano...

IRENE. Su hermano de usted no es como usted.

MÁXIMO. Lo sospechaba.

IRENE. Pero no se alarme usted. No exagere usted las cosas.

MÁXIMO. Dime claramente: ¿es que mi hermano te galantea?

IRENE. Por Dios, no diga usted nada todavía. Si quiera por piedad de esas señoras, que están como en el limbo. Me parece que ya no ha de

atreverse. Creo que está convencido de que, si vuelve a su imprudencia, me voy de esta casa, dando el escándalo.

MÁXIMO. Tú, no; el nombre de una mujer, envuelto en el escándalo, se compromete siempre. Aquí me tienes; si me necesitas una vez más en la vida, cuenta conmigo.

IRENE. (Muy emocionada; casi en sus brazos.) Es usted un santo.

MÁXIMO. No creo. Un hombre solamente.

ESCENA VI

Los mismos. DOÑA CANDIDA.

CÁNDIDA. (Entra radiante por la derecha, llena de paquetes.) Irenita, aquí me tienes.—¡Ah! ¿Estás tú? ¿Has vuelto a parecer? Ya lo decía yo: “No se apuren ustedes; él parecerá.” Vamos, hombre, veo que le vas tomando cariño a la familia. Como yo. No lo puedo remediar. Ya los tengo a todos metidos en el corazón. Se lo merecen. Y me corresponden.—Toma, Irenita.

IRENE. Traiga usted.

CÁNDIDA. (A Irene.) Y *éste*..., ¿a qué habrá vuelto? Mucha conversación traíais. Cuidado, cuidado, Irene. Ya sabes lo que te he dicho: cuando se está en una casa como ésta, todo miramiento es poco. Si fuese como su hermano José María... ¡Oh! ¡Qué caballero! Y con ese cariño que te ha tomado, que por ti está dispuesto a todo. Y tan espléndido.

IRENE. Por Dios, tía. También don Máximo.

CÁNDIDA. Un pelagatos.—Hombre, se me había olvidado preguntarte por tu vecina, la famosa doña Javiera.

MÁXIMO. Señora...

CÁNDIDA. No, no te amosques. Ya puedes comprender que si te pregunto es por cumplido. Franca-mente, no creí que doña Javiera te llegase tan

a lo vivo. (A Irene.) ¿No te digo? Estos sabios... Qué diferencia de su hermano. Cuidado, mucho cuidado.

IRENE. Yo, con permiso de ustedes, me retiro a descansar un momento a mi cuarto. Estoy fatigada.

CÁNDIDA. Sí, hija mía; descansa. Que bien lo mereces. (Vase Irene.) Cuando veas a tu vecina—supongo que os veréis con frecuencia—puedes decirle de mi parte que el solomillo era muy rico; pero que ahora, como nunca puedo comer en mi casa tranquilamente y a mi gusto... Porque, hijo, tus hermanos me han cogido y no me sueltan. Ya es un abuso. Abusan de que soy blanda. No me falta más que venir también a desayunarme. Y por ellos..., figúrate tú. Pero no; yo me defiendo. Que me dejen siquiera mi desayuno. De esta vez acabo con el estómago. ¡Qué comidas, medio americanas, medio francesas! Yo, que estaba acostumbrada—ya lo sabes tú—al orden de mi mesa; pocos platos, pero finos: una pechuguita, una hebra de lenguado, sesitos de faisán... Picar, picar solamente. En fin, paciencia. Todo por vuestra madre; que José María tan hijo es de su madre como tú.

MÁXIMO. Sí, señora. Y es muy justo que ahora mire usted por él una temporada.

CÁNDIDA. ¡Ah! Se me olvidaba. No te he dicho lo mejor.

MÁXIMO. ¿Qué?

CÁNDIDA. No te asustes. No creas que te voy a pedir nada. ¡A buena parte iba! Pues, hijo, que he vendido las tierras de Zamora.

MÁXIMO. ¿A quién? ¿A mi hermano?

CÁNDIDA. No se me había ocurrido. Y puede que le convinieran.

MÁXIMO. Aún es tiempo, señora; no habrá usted firmado la escritura.

CÁNDIDA. Pero he cobrado el importe.

MÁXIMO. Ya.

CÁNDIDA. Por eso no te extrañe verme en otra posición,

con un poco más de desahogo. Ahora puedo decirlo: he pasado días muy amargos. ¿Te sorprende? Es natural. Porque lo sufrí sin pedirle a nadie nada. Y otra cosa; ésta sí que te sorprenderá.

MÁXIMO. ¿Qué será ello?

CÁNDIDA. Que me mudo; es decir, me estoy mudando.

MÁXIMO. ¿Adónde? ¿Aquí?

CÁNDIDA. ¡Sí que tiene gracia! Una casita un poco más decorosa. No, no vayas a figurarte que ningún palacio. No te digo las señas hasta que no termine la instalación. Ha sido idea de José María. Todo el mobiliario de los buenos tiempos de mi marido lo tenía almacenado en un guardamuebles. Ya lo sabes tú.

MÁXIMO. No, señora; no sabía nada. Usted nunca me dijo nada.

CÁNDIDA. Pues, sí, echándose a perder. Ahora lo saco, lo renuevo, lo barnizo, lo recubro. Te va a parecer nuevo. Todo ha sido consejo de tu hermano. El me ayudó a buscar la casa, y dirige un poco la instalación.

MÁXIMO. Mi hermano es hombre de gusto muy delicado.

CÁNDIDA. ¡Ay! Lo peor es que le voy a pagar con un disgusto.

MÁXIMO. Muy mal hecho.

CÁNDIDA. Tienes razón; pero no tengo más remedio.

MÁXIMO. Doña Cándida, ¿se puede saber cuál va a ser ese disgusto?

CÁNDIDA. Sí, hijo, sí; tú puedes saberlo. Que me llevo a Irenita a la nueva casa.

MÁXIMO. ¿Que se lleva usted...?

CÁNDIDA. ¿Te alegras, verdad? Ya sabía yo que tú te habías de alegrar mucho. José María tiene un disgustazo gordo; pero comprenderá que ya en mi situación no es decoroso tener una sobrina de institutriz.

MÁXIMO. Señora... lo decoroso...

CÁNDIDA. Ya, ya sé lo que vas a decirme. Lo decoroso hubiera sido no dejarla venir. Pero fuiste tú el que te empeñaste; tú. Y yo, aunque a re-

gañadientes, en los días amargos, consentí. ¡La de lágrimas que me costó! Por supuesto que tú, con Irene, ni una palabra. No sabe nada; es una sorpresa que yo la preparo.

MÁXIMO. ¿Pero usted no ha contado con que puede haber alguien que se oponga a esa determinación?

CÁNDIDA. ¿Quién se va a oponer?

MÁXIMO. Ella, ella misma si yo le digo: “Irene, mientras yo no lo mande no te mueves de aquí.”

CÁNDIDA. Y ¿quién eres tú?

MÁXIMO. Máximo Manso, para servir a usted.

CÁNDIDA. Me recuerdas a doña Javiera: “Para servir a usted.”

(Vase Máximo. Entra Remedios.)

ESCENA VII

DOÑA CANDIDA y REMEDIOS

REMEDIOS. Niña Cándida, dice mi ama que puede usted pasar. Todos estábamos esperando por usted. La habíamos mandado ya a buscar.

CÁNDIDA. ¿Qué ocurre?

REMEDIOS. Que está ahí el modisto y la corsetera. Fígrese usted. Necesitan su consejo. El modisto es para mi ama; la corsetera para niña Luca.

CÁNDIDA. Voy, voy corriendo. En el tocador, ¿verdad?

REMEDIOS. No, en el despacho de mi amo.

CÁNDIDA. ¿Cómo?

REMEDIOS. En el tocador está mi amo escribiendo cartas con su secretario.

CÁNDIDA. Y en la sala ¿quién está?

REMEDIOS. Las niñas jugando al corro con el chico de los porteros.

CÁNDIDA. ¿Y en la cocina doña Jesusa?

REMEDIOS. Es lo más abrigadito de toda la casa. (Vase Remedios.)

ESCENA VIII

DOÑA CANDIDA e IRENE

(Doña Cándida llama a la puerta de Irene.)

CÁNDIDA. Irenita... Soy yo. Asómate un momento.

IRENE. (Desde dentro.) Ahora no puedo, tía Cándida; me estoy arreglando un poco.

CÁNDIDA. Una rendija nada más. Quiero darte una noticia.

IRENE. ¿No hay nadie?

CÁNDIDA. Nadie.

(Irene entreabre. Está de bata y despeinada.)

IRENE. ¿Qué es?

CÁNDIDA. Mañana acabo la mudanza. Hija, un palacio. Tu gabinetito, una preciosidad. Todo Pompadour.

IRENE. ¿Mi gabinete?... ¿Para qué?

CÁNDIDA. ¡Qué tonta! Para cuando puedas ir.

IRENE. ¿Yo?

CÁNDIDA. ¿Te vas a pasar la vida haciendo de maestra de escuela? ¿Educando chiquillos?

IRENE. ¿Y qué voy a hacer?

CÁNDIDA. ¡Qué voy a hacer! Eso corre de mi cuenta. No faltaba más. ¿Para esto te he dado yo una educación tan selecta? No es que piense llevarte ahora, de sopetón; eso, no. Estos señores se han portado muy bien contigo. Y conmigo.

IRENE. Mire usted, tía Cándida: salir de esta casa, bueno; pero yo no quiero volver a la vida de antes. Era una tortura; era una vergüenza.

CÁNDIDA. Tonta, tontísima. ¡Si es que no sabes que tu tía ha mejorado de posición!

IRENE. ¿...?

CÁNDIDA. Vendí las tierras.

IRENE. ¡Por Dios, tía!

CÁNDIDA. Ya yo sé. Tú tampoco creíste nunca en mis tierras zamoranas. Tú eras de los que creían que no existía ni Zamora. Esa me la tenía yo tragada.

IRENE. Le aseguro a usted...

CÁNDIDA. Sí; que tú no te la tragabas. Cosas del sabio.
¡Qué hombre! Pues ya lo ves: Zamora fué.
(Aparece José María. Irene no le ve entrar. Doña
Cándida, al verle, se va por la galería.)
Adiós, hija, que me están esperando. (Vase.)

ESCENA IX

IRENE y JOSE MARIA

(José María, situado entre Irene y la puerta del cuarto. Irene con mucha exaltación.)

J. MARÍA. ¡Irenita!

IRENE. ¡Ah!

J. MARÍA. No hay que asustarse. Soy yo.

IRENE. ¡Ya, ya!

J. MARÍA. Puede usted seguir sentada, Irenita. Yo también me sentaré un poco para conversar con usted.

IRENE. No, señor; muchas gracias.

J. MARÍA. (Sentándose y ofreciéndole un sitio.) Aquí, a mi lado, si es usted tan amable. ¿No quiere usted que hablemos los dos un poco? Es curioso: vivir en la misma casa, vivir en familia, porque usted ya para nosotros es como de la familia, vernos a todas horas y no hablarnos nunca.

IRENE. Es que yo no tengo nada, absolutamente nada, que hablar con usted. Y, además, creo que usted no tiene nada, absolutamente nada, que hablar conmigo.

J. MARÍA. Pues se equivoca usted. Siéntese usted aquí un instante, y le demostraré que está usted equivocada y que tengo muchas cosas que decirle.

IRENE. Dígamelas usted luego, allá, delante de todos. Allí estoy dispuesta a oír todo lo que usted me diga.

J. MARÍA. Vamos, que usted tiene miedo. Naturalmente; como no hablamos, no nos conocemos.

Soy un caballero; algo más todavía: un caballero que se interesa por usted, que está dispuesto a hacer la felicidad de usted, porque usted, Irenita, merece ser feliz, merece otra vida, y yo puedo, ya lo sabe usted, yo puedo ofrecerle a usted esa vida. No es para mí ningún sacrificio; y, tratándose de usted, aunque lo fuera. ¡Ojalá lo fuera, para que usted se convenciese de que soy un caballero!

IRENE. ¿Le parece a usted poco para convencerme de lo que es usted? Hágame usted el favor de dejarme pasar a mi cuarto. Tengo que vestirme. Me ha sorprendido usted hablando con doña Cándida; vea usted cómo estoy.

J. MARÍA. (Intentando acercarse a Irene. Irene retrocediendo.) ¡Guapísima! Como siempre; más que nunca. ¿Qué tiene de particular estar así en casa, en familia? Hay confianza o no hay confianza.

IRENE. Don José; quiero pasar a mi cuarto. Ahora mismo.

J. MARÍA. Como usted guste. Pero está usted muy nerviosa. ¿Quiere usted algo?

IRENE. Que me deje usted paso.

J. MARÍA. Decididamente: usted se ha equivocado.

IRENE. ¡Oh...! ¡Paso, o grito! (Pasa y cierra de golpe.)

ESCENA X

JOSE MARIA y MAXIMO

(Jose María enciende un cigarro; se sienta. Aparece Máximo.)

MÁXIMO. Buscándote por toda la casa. ¿Dónde te metes?

J. MARÍA. Donde me dejan.

MÁXIMO. O donde no te dejan.

J. MARÍA. Es verdad; con el desorden de esta casa ya no sabe uno mismo dónde se mete. ¿Para qué me buscabas?

MÁXIMO. ¿Sabes, por casualidad, si anda Irene por aquí?

- J. MARÍA. ¿Irene, dices? No lo sé. Pero, oye: ¿tú me buscabas para preguntarme por dónde anda Irene? No sé por qué he de saber yo por dónde anda la profesora de mis hijas.
- MÁXIMO. Como estás a la puerta de su cuarto, podías haberla visto entrar o salir.
- J. MARÍA. Sí; me parece que entró en su cuarto. Ahí dentro debe estar.
- MÁXIMO. Gracias. Permíteme un momento. (Se sienta y escribe un papel.)
- J. MARÍA. (Mientras Máximo escribe:) Por cierto que la criatura va sacando un geniecito muy desagradable. Cuando la trajiste parecía una malva; pues nos va saliendo un cardo.
- MÁXIMO. Y a ti, naturalmente, no te gusta un cardo.
- J. MARÍA. Hombre, no; dentro de casa siempre es molesto.
- MÁXIMO. Y en cambio a tu mujer le gusta tanto.
- J. MARÍA. Porque a mi mujer cualquiera la engaña.
- MÁXIMO. Pues di, entonces, que eres tú el que la estás engañando.
- J. MARÍA. ¿Qué es eso, Máximo?
- MÁXIMO. ¿No le estás diciendo a todas horas que Irene es un modelo? (Ha doblado el papel; llama en el cuarto de Irene.) —¿Irene, Irene...?
- IRENE. (Dentro.) No puedo ahora. Perdone usted, don Máximo.
- MÁXIMO. Ya lo sé. Haz el favor de recoger un papel por debajo de la puerta.
- J. MARÍA. Me gusta la frescura.
- MÁXIMO. Figúrate tú: una declaración amorosa.
- J. MARÍA. Eso ya sé yo que no.
- MÁXIMO. ¿Piensas tú que no puedo enamorarme?
- J. MARÍA. Ya lo creo.
- MÁXIMO. Llevándote dos ventajas: primera, que soy más joven; segunda, que estoy soltero.
- J. MARÍA. Pues ni por esas.
(Aparece Peña.)

ESCENA XI

MAXIMO, JOSE MARIA y PEÑA

- PEÑA. Mi enhorabuena, señor Manso.
- J. MARÍA. Gracias.
- PEÑA. Y a usted, querido maestro, por la parte que le toca. Su hermano de usted se abre paso.
- J. MARÍA. Eso no tiene importancia. Yo no ambiciono nada.
- PEÑA. (A Máximo.) ¿Sabe usted la noticia?
- MÁXIMO. ¿Lo del acta? ¿Que es diputado? Ya hace días.
- PEÑA. Quite usted. De hoy, de hoy mismo. Vengo exclusivamente a dar la enhorabuena a todos.
- MÁXIMO. ¿Le han hecho ya ministro?
- PEÑA. Título de Castilla: un marquesado.
- MÁXIMO. Marqués de Sagua la Grande; como si lo viera.
- J. MARÍA. ¿Lo oye usted? Estos filósofos desprecian las pequeñeces de la vida.
- MÁXIMO. Como estás diciendo a todas horas que tú no ambicionas nada...
- J. MARÍA. Para ti sería mejor que, retirado de los negocios, me encerrase en las cuatro paredes de mi casa, metido entre faldas.
- MÁXIMO. Hombre, entre faldas, no.
- PEÑA. Eso tiene mucha gracia.
- J. MARÍA. Pues yo no se la encuentro, amigo Peña. A menos que no esté el chiste en ver a un sabio haciendo chistes. Lo que sí tiene gracia es oír a estos solterones predicando la vida del hogar, la paz de la familia, los que no tienen hogar ni tienen familia. No siga usted el ejemplo de su maestro. Cásese usted, querido Peñita.
- PEÑA. Lo pensaré, señor Manso.
- J. MARÍA. Pero nada de eso de fijarse en una muchachita de condición modesta, una de esas que así, al pronto, nos seducen por su cara boni-

- ta. Nada, nada, Peñita; usted, aristocracia, pura aristocracia.
- MÁXIMO. Tienes declarada la guerra a las muchachas humildes, y las persigues con verdadera saña.
- PEÑA. Su hermano de usted tiene razón, y yo le agradezco su buen consejo y su deseo de que seamos compañeros de marquesado. Aunque, por lo visto, olvida que yo soy—y a mucha honra—hijo de una carnicera; sí, señor, de pura sangre; pero otra sangre. No puedo mezclarla con la... de usted.
- J. MARÍA. Un hombre como usted siempre honra la clase.
- PEÑA. ¿Cuál? ¿La de los marqueses o la de los carniceros?
- J. MARÍA. ¡Siempre tan bromista! Está usted imposible.
- PEÑA. Estoy enamorado; locamente enamorado; brutalmente enamorado. ¿Comprende usted?
- J. MARÍA. Comprendo.
- PEÑA. Y la niña de mis amores es sencilla, es humilde y es pobre; exactamente la que usted no me aconsejaría de ninguna manera. ¿Comprende usted?
- J. MARÍA. Comprendido. Le dejo a usted con su maestro. Hasta luego, porque creo que hoy también tenemos el gusto de que nos acompañe usted a la mesa.
- PEÑA. Imposible.
- J. MARÍA. ¡Cuánto lo siento! Y todas las mujeres de la casa lo van a sentir mucho, porque es usted el que las anima. Y las alegra. (Vase.)

ESCENA XII

MAXIMO y PEÑA

- MÁXIMO. Ya sospechaba yo que mi hermanito y tú os odiabais cordialmente.
- PEÑA. Su hermano de usted es el hombre más odioso de la tierra.

- MÁXIMO. Pero repara que es mi hermano.
- PEÑA. Pues usted piensa de su señor hermano lo mismo que yo, aunque, por respeto a la familia, no se atreva a decirlo como yo. ¿No es así, maestro?
- MÁXIMO. Hombre, hombre, estás muy exaltado. Calma, calma. La vida no es arrebató. ¡Por Dios, Manuel! La vida es armonía, la vida es ritmo.
- PEÑA. No siga usted, maestro. ¡Basta! La filosofía me apesta, la metafísica no entra en mí; todo es un juego de palabras. No me hable usted de teorías; hábleme usted de sucesos. Quiero las realidades; tengo ansia de acción de violencia. Porque, sí, señor; hay ocasiones en que es necesario hacer cualquier barbaridad, siquiera en compensación de tantas tonterías y tantas sosadas que llenan nuestra vida habitual. Algo fuerte. Suprima usted de la vida lo dramático, y adiós juventud; adiós la vida misma.
- MÁXIMO. Tú estás loco; a ti te pasa algo. ¿Resultará verdad que estás enamorado?
- PEÑA. Sí se lo estoy diciendo a usted; y usted, filósofo sublime, no me comprende; porque usted está acostumbrado a interpretar todas las cosas de la vida a través de los libros, y la vida no es un libro; no, querido maestro; la vida no es un libro que abrimos o cerramos cuando nos parece. Qué más quisiéramos. Esa que usted estudia encerrado en su gabinete es una vida seca, disecada sobre las páginas del libro, como los avechuchos disecados en los estantes de un museo. Falta la acción, la violencia, las pasiones; las pasiones, sobre todo; una pasión que nos eleve a lo más ideal o nos hunda en lo más torpe; pasión que nos redima o que nos mate.
- MÁXIMO. ¿Quién?... ¿Quién es ella?
- PEÑA. No me lo pregunte usted, porque no puedo decirlo. Sólo tengo derecho a hablar de mí; de ella, ni una palabra. Yo, sí; yo estoy apa-

sionado de tal modo, que me siento capaz de llegar al frenesí, a la locura.

MÁXIMO. (Arrastrado por el frenesí de Peña.) ¡Divina locura, Manuel, quienquiera que ella sea! Divina locura, si es la mujer verdaderamente misteriosa que encontramos, aun sin querer encontrarla, y con toda el alma la queremos, aun sin querer quererla. Esa, ésa; la que impensadamente se nos pone por delante en el camino de la vida; tal vez la que menos podíamos imaginarnos; tal vez la que hemos estado viendo indiferentes todos los días cerca de nosotros, hasta que un día, yo no sé por qué magia, esa mujer se transforma a nuestros ojos en otra mujer distinta, y nuestro cariño de toda la vida también en ese día se transforma en otro querer distinto, sin que podamos saber si ha sido ella la que se ha transformado para hacerse querer más hondamente o si es nuestro cariño mismo el que ha hecho toda la magia.

PEÑA. ¡Ah, maestro mío! ¡Revelación sublime!

MÁXIMO. ¡Calla, calla!

PEÑA. También usted ha encontrado la mujer en el camino de la vida.

MÁXIMO. ¡Calla, calla!

PEÑA. Por primera vez oigo al sabio hablando como un hombre.

MÁXIMO. ¡Calla! ¡Calla!

(Vase Peña.) (Se oye a doña Cándida.)

ESCENA XIII

MAXIMO, DOÑA CANDIDA, LICA, LUCA

(Doña Cándida viene del brazo de las dos señoras. Durante esta escena obscurece lentamente.)

CÁNDIDA. Nada, nada; que ustedes son como de la familia. Y para mí no hay en el mundo más que la familia.

LICA. ¿Oyes tú, Luca? Siempre tan bondadosa esta doña Cándida.

LUCA. Ya, ya; somos de la familia. ¡Qué señora más angelical!

CÁNDIDA. ¿Qué no haré yo por José María? José María siempre fué mi preferido.

LICA. ¿Qué me dice?

CÁNDIDA. Su mamá me le dejó especialmente recomendado.

LICA. ¡La pobre!... Por cierto, Máximo, te voy a mostrar una linda fineza de doña Cándida para José María. El retratito de tu mamá cuando era niña, con su marco de plata y todo. (Lo desenvuelve.)

MÁXIMO. No te molestes, Lica, lo conozco: plata maciza...

LICA. Labor antigua.

MÁXIMO. Ejemplar precioso. Quinientas pesetas.

LICA. ¿Tú lo habías visto?

CÁNDIDA. Ya lo creo; como que estaba empeñado en arrebátarmelo. Yo lo tenía guardadito para el preferido, para mi José María. A éste bastantes recuerdos le he dedicado; no puede quejarse.

LICA. Pero este es un retratito de su mamá, y su deseo de tenerlo es muy justo y muy noble. Lo mandaremos a un buen fotógrafo para que nos haga copias.

MÁXIMO. No, Lica; no vale la pena.

LICA. ¿Cómo no? ¡Su mamáíta!

MÁXIMO. Es que ese no ha sido nunca retrato de mi mamáíta.

CÁNDIDA. ¡Oh, perjuro! ¡Mal hijo!... Ustedes lo pasen bien. Este hombre y yo somos incompatibles.

LUCA. No se nos marche.

LICA. ¡Si es un alma de Dios!

LUCA. ¡Si no podemos vivir sin ella!

LICA. Tú no sabes...

MÁXIMO. Sí que lo sé.

LUCA. Ella está en todo.

LICA. En todo. No se le escapa ni esto.

MÁXIMO. Lo creo.

LUCA. Hoy se queda usted acá, a comer con nosotros.

- LICA. Cabalito. Le mandaremos hacer sus platitos.
CÁNDIDA. (A Máximo.) Aprende, hombre, aprende.
LICA. Dile tú que se quede.
MÁXIMO. Hoy siquiera debe usted quedarse a comer con ellos. Es feo que usted los desaire tódos los días.
LUCA. Eso, eso.
MÁXIMO. Por hoy debe usted sacrificarse.
LUCA. Y que tiene usted que acompañarme a comprar unas cositas.
LICA. Sí, sí; con ella todo nos sale de balde.
LUCA. Venga usted conmigo, doña Cándida. No más que cambiarme el túnico, y ahorita nos vamos.
CÁNDIDA. Por ustedes... (A Máximo.) Aprende.
(Vanse doña Cándida y Luca.)
MÁXIMO. Yo también me voy, Lica.
LICA. ¿Tampoco tú quieres quedarte?
MÁXIMO. Tengo abandonados mis pobres libros; tengo abandonada mi pobre vida.
LICA. Pues no te vas. Te necesito, Máximo. No me abandones.
MÁXIMO. ¿Qué ocurre?
LICA. Algo muy grave.
MÁXIMO. Ten calma, Lica.
LICA. No puedo. Tu hermano está dando el escándalo.
MÁXIMO. ¡Bah! Eso es que tu imaginación de cubana se forja fantasmas.
LICA. No; ahora tengo pruebas. Te convencerás.
MÁXIMO. Calla, Lica; no te exaltes. Vámonos a tu gabinete. Aquí pueden oírte.
LICA. Sospecho que dentro de mi casa hay alguien...
MÁXIMO. Sí.
LICA. ¿Quién?
MÁXIMO. Doña Cándida.
LICA. ¿Qué me dices?
MÁXIMO. Aquí no. Ven a tu gabinete.
(Vanse por la galería.)

ESCENA XIV

RUPERTICO e IRENE

(Es ya noche. A través de las vidrieras de la galería entra débil luz nocturna. Aparece Rupertico y con mucho sigilo llama a la puerta del cuarto de Irene. Irene entreabre con cuidado. Se ve el fondo del cuarto iluminado.)

RUPERT. Niña Irene... Soy yo. Soy Rupertico.

IRENE. ¿Qué traes?

RUPERT. Que ahorita viene. Un instante, niña Irene.

(Vase Rupertico y a poco entra Peña.)

ESCENA XV

IRENE y PEÑA

PEÑA. ¡Al fin... (Apasionado, vehemente.) al fin vas a decirme...!

IRENE. ¿Que te quiero? Sí, con toda el alma. Ya lo oyes; ya lo he dicho... ¿Y tú?

PEÑA. Con toda el alma.

IRENE. Júrame que para siempre.

PEÑA. ¡Si ya te lo he jurado tantas veces!

IRENE. Es que necesito oírlo a cada instante para estar segura de que no sueño. ¡Ay, Manuel! Soy tan desgraciada, que esta felicidad de querer y ser querida me parece un sueño.

PEÑA. No hables de desgracias ni de sueños. Te juro que para siempre, Irene mía.

IRENE. (Abandonándose en brazos de Peña, solloza.) ¡Ah!

PEÑA. ¿Por qué lloras?

IRENE. Déjame llorar. Es tan grande esta felicidad, que me da miedo.

PEÑA. Es que puede venir alguien y pueden verte llorando.

- IRENE. Es verdad. Si vienen y nos ven... Déjame. Me encerraré en mi cuarto.
- PEÑA. ¿Dejarte? Es imposible que yo te deje en este momento.
- IRENE. Te lo suplico, Manuel. Ten confianza en mí. Te quiero, te adoro; toda mi vida es tuya, toda tuya. ¿Qué más quieres? Pero, ¡por Dios!, déjame ahora; no me comprometas. Por respeto siquiera a esta casa.
- PEÑA. Tienes razón; salgamos de ella. Huyamos ahora mismo. Si es verdad que eres mía, ¿por qué no has de venir conmigo?, ¿por qué no has de seguirme?... ¿No me respondes, Irene?... Contesta, contesta... ¿Por qué callas?... No quiero lágrimas, no; quiero palabras. Palabras tampoco. Todas las palabras son mentira. Te quiero a ti, a ti misma.
- IRENE. (Desfalleciendo, con supremo esfuerzo:) Aquí me tienes. Ya lo ves: soy tuya, tuya. ¿Quieres huir? Huyamos. Eres mi amor, eres mi vida, eres mi dueño. Tú mandas.
- PEÑA. Así te quiero.
- IRENE. Y así te amo.
- PEÑA. ¿Por qué vacilas entonces en venir conmigo?
- IRENE. Ya ves que no vacilo. Estoy dispuesta a seguirte. Sólo te pido un momento para escribir una carta, dos letras, y en marcha.
- PEÑA. Escribe, escribe pronto.
- IRENE. Un instante, sólo un instante. (Irene se sienta, da luz a una lamparita sobre la mesa, y escribe. Pausa.)
- PEÑA. (Acercándose lentamente.) ¿A quién escribes?
- IRENE. (Con tono de veleidad; ocultando lo que escribe:) ¡Ah!...
- PEÑA. Quiero verlo.
- IRENE. (Fingiendo coqueteo; con zalamería:) Eso sí que no; eso sí que de ninguna manera.
- PEÑA. (Violento.) Pues he de verlo.
- IRENE. Indiscreto. Es usted un indiscreto... Es una despedida. ¿No voy a poder siquiera decirle

adiós a un amigo? (Cambiando de tono, gravemente:) Un amigo a quien debo la vida.

PEÑA. ¿José María?

IRENE. ¡Oh...! Toma. ¡Lee, hombre, lee! (Entregándole el papel, con acento de profunda indignación.)

PEÑA. ¡Don Máximo!...

IRENE. Lee. Ahora soy yo quien te pide, quien te manda ¿oyes?, quien te manda que leas.

PEÑA. No, Irene. Escribe cuanto quieras. Yo no leo.

IRENE. Ahora; pero antes tuviste un pensamiento horrible: sospechaste de mí una cosa infame. ¿No quieres leerlo? Pues habrás de oírlo. Intenté ahorrarte el dolor de esta despedida, porque—escucha—yo me despido por los dos. (Lee.) “Perdóneme usted; perdonémosle usted a los dos, don Máximo. Somos muy crueles con usted; y, sin embargo, le queremos a usted mucho...” ¿Oyes, Manuel? “Le queremos a usted mucho.” Dime: ¿te enfadas tú porque yo le diga que le quiero mucho?... No, no; es que si te enfadas, yo no se lo digo.

PEÑA. Díselo, Irene, díselo. Una vez, dos veces, veinte. (Irene vuelve a escribir. Peña detrás de ella:) Así... así... así: “le queremos a usted con toda el alma.”

IRENE. (Escribiendo, repite la frase:) “Con toda el alma. Y sabemos que esta huída será para usted un dolor horrible, será matarle...”

PEÑA. ¡Matarle!... Eso no; eso no puede ser. (Le arrebató la carta y la rompe.)

IRENE. ¿Qué haces?

PEÑA. ¿Qué he de hacer? Ya lo ves.

IRENE. ¿Te parece mejor que huyamos sin decirle adiós siquiera? Considera lo que ha sido para mí; todo lo que le debo.

PEÑA. Lo que le debemos.

IRENE. ¿Entonces?...

PEÑA. Quédate; le hablaremos antes. Bien merece don Máximo este sacrificio nuestro de un día, de unas horas.

IRENE. Eso, eso. Eres muy bueno, eres muy noble. Por algo desde que te vi aquel día en su des-

- pacho mi corazón comenzó a quererte tanto... ¿Quién se lo dice?
- PEÑA. Tú; eres tú la que debe decírselo.
- IRENE. No, señor; eres tú. No me cabe duda que eres tú el llamado a decírselo.
- PEÑA. Te juro que eres tú. Las mujeres, para esta clase de revelaciones, tenéis un arte sutil, fino, insinuante. Tú, tú.
- IRENE. ¿Vas a comparar mi torpeza con tu labia incomparable? Tú, tú.
- PEÑA. Bueno, pues los dos juntos. Le llevamos a dar un paseo a la Moncloa, y, paseando, se lo soltamos como sin querer, como si se nos escapara del corazón un gran secreto.
- IRENE. Justamente. Me parece una gran idea. En el campo, al aire libre... Pero ¿tú estás seguro, seguro de que no sabe nada?
- PEÑA. Segurísimo. ¿Saber? Ni sospecharlo. Te respondo que ni lo sospecha.
- IRENE. Será un golpe terrible.
- PEÑA. (Con profundo dolor, con lágrimas en la voz.) Puede que no; puede que se alegre mucho.
- IRENE. ¡Pobre don Máximo! (Con inmenso dolor, cae sollozando desconsoladamente en un asiento.) Es verdad; tienes razón. Su alma es tan grande, que hasta es posible que se alegre mucho... Me parece que viene alguien. Mira cómo estoy. Que no me vean de esta manera. ¿Vendrás mañanita muy temprano?
- PEÑA. (Besándole las manos.) Tempranísimo.
- IRENE. ¡Alma mía! (Vase Peña. Irene, después de verle salir se encamina a su cuarto. Larga pausa. Al llegar a la puerta se presenta Máximo por la galería.)

ESCENA XVI

IRENE y MAXIMO

MÁXIMO. ¡Irene!

IRENE. ¡Ah... don Máximo!... ¿Es usted?

MÁXIMO. ¿Qué tienes?

IRENE. Pues ya ve usted... La cabeza; que todavía la cabeza parece que está dando vueltas.

MÁXIMO. No; tú has llorado.

IRENE. Sí, sí, señor.

MÁXIMO. ¿Qué ha sido, Irene? ¿Quién ha sido, Irene?

IRENE. ¡Vaya usted a saber! Nadie, nadie.

MÁXIMO. ¿Acaso mi hermano?

IRENE. No, no.

MÁXIMO. Entonces... ¿Tu tía? ¿Doña Cándida?

IRENE. Tampoco.

MÁXIMO. Sí; no puede haber sido más que ella. Ella ha sido. Tú no puedes llorar por otra cosa.

IRENE. ¿No le estoy diciendo a usted que es la cabeza?

MÁXIMO. Si lo sé; si estoy enterado.

IRENE. (Con mucha ansiedad, con grito de angustia :) ¿Qué... qué... qué sabe usted?

MÁXIMO. Que doña Cándida quiere sacarte de aquí para llevarte a su casa. Me lo ha dicho ella misma, y por eso te avisé en dos líneas que no podía irme sin hablar contigo un momento. No podía pasar de hoy mismo sin decirte que tú no puedes ir a casa de doña Cándida. ¿Entiendes?

IRENE. Entiendo. Pero es que en esta casa tampoco puedo seguir; no es decoroso que siga. Su hermano de usted es un canalla. No me pida usted que siga en esta casa.

MÁXIMO. Un día solamente. Déjame pensar despacio la mejor solución, y mañana mismo hablaremos.

IRENE. Justamente. Eso es lo que yo pensaba. (Aturdida, sin saber lo que habla, como si las palabras se le escapasen de los labios, del alma :) NOS vamos juntos a la Moncloa, y allí, en el campo, hablamos, hablamos...

MÁXIMO. ¿En la Moncloa...? ¿Dices que en la...?

IRENE. ¿Pero yo he dicho...? ¿Ve usted cómo tengo la cabeza? Por Dios, ¡déjeme usted descansar! Necesito dormir. No puedo..., no puedo... Es una jaqueca horrible.

MÁXIMO. Acuéstate; duerme. Ya hablaremos; ya se arreglará todo.

IRENE. ¡Qué bueno es usted, don Máximo!

MÁXIMO. ¿Bondad...? Cariño..., afecto...

IRENE. No, no; bondad, bondad.

MÁXIMO. No, no; cariño..., afecto..., afecto..., afecto...

IRENE. Sí, señor, cariño... No; no, señor, afecto. Bondad..., bondad. Ni sé ya lo que digo... Un dolor horrible... Adiós, don Máximo, adiós... ¡Horrible, horrible...!

(Entra en su cuarto; cierra. Por las rendijas de la puerta se ve luz intensa.)

Máximo se sienta; contempla la puerta. Larga pausa. Al fin se levanta, se acerca suavemente.)

MÁXIMO. Hasta mañana, Irene.

IRENE. (Dentro.) ¿Todavía está usted ahí, don Máximo?

MÁXIMO. Mañana te traigo eso.

IRENE. ¿El qué?

MÁXIMO. Lo que me has pedido.

IRENE. Sí, sí, la Gramática; es verdad. ¡Qué bueno es usted, don Máximo!

MÁXIMO. Te traeré el Epítome.

IRENE. Eso, eso.

MÁXIMO. (Levantando los ojos al cielo:) ¡El Epítome! (Se va por la derecha. Al quedar sola la escena cae el telón muy lentamente.)

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de doña Cándida. Muebles, cuadros y *bibelots* de bazar. En el fondo la puerta que comunica con la puerta de entrada en la casa.

ESCENA PRIMERA

IRENE, DOÑA CANDIDA y MELCHORA, que entra con una mantilla y un bolso.

MELCH. Señora, aquí tiene usted la mantilla y el bolso. (Vase.)

CÁNDIDA. Tú no sales, ¿verdad?

IRENE. No, señora.

CÁNDIDA. Haces bien. ¿En dónde está una mejor que en su casa? Sobre todo cuando es una casa como ésta. ¡Ay, hija! Lo veo y no lo creo. Así da gusto, y yo tampoco me movería. En fin, no hay más remedio que sacrificarse y asomar de cuando en cuando las narices por casa de las americanas. ¡Cómo están las pobrecitas! Ni que acabasen de salir de Sagua la Grande.

IRENE. ¡Pobres señoras! A mí me inspiran mucha lástima.

CÁNDIDA. ¡Calla, calla! Yo, lástima de José María. Sufrir aquello es horrible. No te puedes imaginar cómo está la casa desde que tú te fuiste. No la conoces. Hasta Rupertico parece que muerde. Eso sí, me pregunta siempre por niña Irene. ¡Animalito!

IRENE. Se encariñó tanto conmigo, que de buena

gana me lo hubiera traído; servidor más fiel no es posible encontrarle.

CÁNDIDA. Por poco lo dejas. Mira tú: a mí también me gustaría tener un negrito en casa para abrir la puerta los días de recibo. Luego que, aquí, mujeres solas no estamos bien; un negro, por inofensivo que sea, siempre impone. El ladrón de anteanoche, con un negro en casa, no entra; te aseguro yo que no entra. No tienes más que decírselo a José María, y te manda para acá su Rupertico. ¡Qué más desea José María sino que pidas por esa boca para complacerte!

IRENE. Eso sí que no; ya sabe usted, tía Cándida, que yo, a don José María, no le pido nada por nada del mundo.

CÁNDIDA. Tú te lo pierdes. El tonto es él en compadecerse de una pobre huérfana. Vamos allá. Por supuesto que las señoras me reciben ahora con muchos aires. Están con un fuerte ataque de dignidad. ¡Una cosa atroz! No saben ellas que yo voy por lo que voy.

IRENE. Pues no debe usted ir.

CÁNDIDA. ¡No faltaba más! ¿Quién son ellas?

IRENE. Pero ¿por qué va usted?

CÁNDIDA. Voy por José María; ya sabes tú que ha sido mi ojito derecho de toda la vida, y no es cosa de abandonarle precisamente cuando más me necesita. Como es tan cariñoso, con un corazón tan grande, desahoga conmigo. Yo comprendo que le agrade venir a esta casa. ¡Qué diferencia! Aquí se encuentra con lo que a él más le gusta: tranquilidad, orden, dulzura. Irenita, sin un poco de dulzura no hay hogar posible, y aquel hogar no se endulza ni con toda la caña de la isla de Cuba. Quien va por allí es el sabio. Cada día está más insufrible y más tacaño. Gracias que no se le ha ocurrido poner los pies en esta casa, y pidamos a Dios que no los ponga. Porque, lo que es ahora, me siento señora; pero muy señora. Hasta luego. Mucho cuidado que no

é entre nadie. (Aparece Melchora.) Y tú también, Melchora: que no é entre nadie mientras yo estoy fuera. Si viene don José María, que pase, que pase. Y preparas el té con tostaditas mientras yo llego. (Vase.)

ESCENA II

IRENE y MELCHORA

- IRENE. ¿Encontraste en casa al señorito Manuel?
MELCH. Sí, señorita.
IRENE. ¿Le diste mi recado?
MELCH. Sí, señorita.
IRENE. ¿Qué contestó? ¿Traes carta?
MELCH. No; que también la mamá del señorito Manuel andaba dando vueltas alrededor nuestro; me parece que haciéndole la competencia a doña Cándida. ¡Le digo a usted que la señora carnicera echaba lumbre! ¡Cuidado con ella!
IRENE. Pero el señorito, ¿no te ha dicho nada?
MELCH. Me hizo señas que bajara. Bajé, y a poco vino, y me dijo que dentro de media hora se planta en el café de la Perla, ahí, en la esquina, y que, una de dos: o usted sale o él sube. Que también está que salta.
IRENE. Saldré. Cuando se entere mi tía armamos una. Bueno; que se entere mi tía; todo el género humano puede enterarse. Basta de misterio; basta de tapujos indignos. De hoy no pasa sin que yo tome una determinación, sin que yo resuelva de una vez mi vida. Estoy resuelta a salir de esta casa. ¡No puedo más!
MELCH. Señorita, está usted loca. ¿Que va usted a hacer? ¿Adónde va usted a ir?
IRENE. ¿Adónde...?—¿Oyes? Me parece que han llamado. ¿Será Manuel?
MELCH. Voy a ver.
IRENE. Si es él, pásale a mi gabinete. Y silencio.
MELCH. Por Dios, señorita Irene: no repetamos lo de

la otra noche; que doña Cándida está todavía con la mosca en la oreja, y lo del ladrón me parece a mí que no la ha convencido.

IRENE. Ya sabes por qué le dejé esa noche, sólo esa noche, dentro de casa. ¡Y aún quieres decirme...! Fuiste tú misma la que me avisaste que el americano andaba engatusando a doña Cándida para quedarse. ¡Ah! Casi fué lástima que no se quedara.—Otra vez llaman. Corre. Oye: si es ése, don José María, no abras; por Dios, no abras. Dile que doña Cándida no está en casa. Que no abras. (Vase Melchora. Irene escucha.) Sí, sí; estoy yo. ¡Pase usted! ¡Pase usted!

ESCENA III

IRENE y MÁXIMO

IRENE. ¡Al fin!

MÁXIMO. Tienes razón: al fin.

IRENE. Gracias a Dios, querido don Máximo, que se le ha ocurrido a usted venir. Parece imposible que me dejase usted abandonada.

MÁXIMO. Aquí me tienes; ya lo ves.

IRENE. Sí, señor, sí. Ya lo veo.

MÁXIMO. Al fin, he subido esa escalera y he llamado a esa puerta. Distráido subí; subí sin darme cuenta de que subía.

IRENE. Es distracción; ¡un cuarto piso!

MÁXIMO. Lo he subido ya otras veces.

IRENE. Si no ha venido usted a esta casa ni una vez siquiera. Creo que está usted soñando.

MÁXIMO. No; no estoy soñando, aunque todo esto me parece un sueño. Venía y subía hasta esa puerta, y al poner el dedo en el botón del timbre, decidía volver a bajar.

IRENE. Muy gracioso.

MÁXIMO. Una vez hasta me pareció que te oía detrás de la puerta. No me cabe duda: una vez te oí llorar.

IRENE. Me oye usted llorar, y echa a correr. Esto ya

es demasiado ; se está usted burlando de mí. ¿Y es usted, don Máximo, el que se llamaba mi protector? ; Bonita manera de protegerme !

MÁXIMO. Yo me figuraba que ya no te hacía falta mi protección ; yo me figuraba que en esta casa ya eras feliz, ya eras libre.

IRENE. ; Buena libertad la mía ! Y entonces, ¿ por qué ha entrado usted hoy ? ; Por qué se ha decidido usted hoy a apretar el botoncito ?

MÁXIMO. Pues no lo sé.

IRENE. Yo sí lo sé ; sí que lo sé. Usted, desde casa de sus hermanos, vigila todas las vueltas y revueltas de doña Cándida, todas sus maniobras con don José María ; usted ve que las señoras de la casa la reciben a la fuerza, porque, de tan bondadosas, no se atreven a echarla rodando por la escalera o tirarla por un balcón ; usted comprende por qué sigue mi tía entrando en aquella casa, y con todo esto, sospecha la horrible situación en que me encuentro. ¿ No es así, don Máximo ? ; No es verdad que ha venido usted por eso ? Dios le pague el haber venido tan a tiempo. Que si usted tarda un día más, no sé lo que hubiera podido ocurrir aquí. Su hermano de usted me acosa ; en complicidad con doña Cándida, han armado todo esto, han puesto esta casa para perderme, y viendo que no me rinden por el lujo, por los regalos, presiento que van a comenzar las amenazas. Ni de día vivo, ni de noche duermo ; porque su hermano de usted es un canalla, capaz de todo, y temo que una noche se quede dentro de esta casa. Sálveme usted, sálveme usted, don Máximo. Sólo usted puede salvarme.

MÁXIMO. “ Sálveme usted. ” Es muy extraño que, viéndote en este trance, no se te haya ocurrido mandarme a llamar. ¿ Por qué no asomaste por mi casa para decirme : Sálveme usted ? ; Por qué ?

IRENE. Yo, la verdad, tenía miedo.

MÁXIMO. ¿ De mí ? ; Por qué, Irene, por qué ?

IRENE. Porque podía usted estar enfadado; ¿qué sé yo?, ofendido, porque salí de aquella casa cuando usted me aconsejaba que no saliera, que tuviese paciencia, porque aquí, al lado de doña Cándida, corría más graves peligros. Y salí sin hacer caso de usted, y usted tenía razón.

MÁXIMO. Sí que debí enfadarme. Tu determinación, tan rápida, tan inesperada, contra todos mis consejos; aquel empeño tuyo por salir de la casa en que yo podía vigilar, mirar por ti de cerca; tu misma salida de la noche a la mañana, aun sin advertírmelo...

IRENE. ¡Por Dios, don Máximo! ¿Qué piensa usted de mí?

MÁXIMO. Nada malo, mujer; no te asustes. Pero vamos a ver, Irene: ¿por qué tanta prisa en salir de aquella casa, en donde no eran de temer las asechanzas de mi hermano? ¿No considerabas que doña Cándida, al poner esta casita, al traerte a ella, era traerte a un peligro mayor? ¿Por qué te faltó tiempo para abandonar aquella colocación honrada y tranquila?

IRENE. Su hermano de usted me perseguía.

MÁXIMO. Pero allí tenías poderosas defensas contra él; mientras que aquí te faltan; aquí estás sola.

IRENE. Mi tía me engañó.

MÁXIMO. Imposible. Doña Cándida no puede engañar a nadie. Lo que a ti te ocurre es que, antes de pedirme auxilio para salir de esta casa, comprendes que tienes que declararme alguna cosa. ¿No es eso? Alguna cosa que nada tiene que ver con mi hermano. Digamos, para mayor claridad, que es como un mundo aparte.

IRENE. (Bajando la cabeza:) Sí, señor.

MÁXIMO. Pues como eso que necesito saber no es nada vergonzoso, no puede ser nada vergonzoso, no me tengas en ascuas más tiempo. Háblame, cuéntame, Irene. ¿Qué es ello, Irene? (Irene rompe en llanto. Máximo acude a ella. Ella,

tapándose el rostro, le rechaza suavemente.) No quiero verte así; no hay motivo para eso.

IRENE. Déjeme usted. Yo no merezco que usted me proteja. No lo merezco; le juro a usted que no lo merezco.

(Se presenta doña Cándida. No la ven entrar. Ella los contempla echando lumbre. Largo espacio.)

ESCENA IV

IRENE, MAXIMO y DOÑA CANDIDA

CÁNDIDA. Buenas tardes.

MÁXIMO. Buenas tardes. (Cándida se quita la mantilla sin decir palabra. Máximo la mira impasible.)

CÁNDIDA. Estoy en mi casa. Sí, señor.

MÁXIMO. Está usted en su casa. Sí, señora.

CÁNDIDA. Eso es. ¡Pues no faltaba más!

MÁXIMO. Naturalmente.

CÁNDIDA. Y yo, aquí, soy la señora.

MÁXIMO. En todas partes.

CÁNDIDA. En todas partes; pero aquí, más todavía.

MÁXIMO. Todo lo señora que usted guste.

CÁNDIDA. Así, bueno. ¿Ves tú? Así podemos entendernos. Siéntate. No vayas tú a creerte que no tengo mucho gusto en recibir en mi casa a los Mansos. Pero con tal que vengan como Dios manda.

MÁXIMO. Pero ¿qué piensa usted que manda Dios, señora?

CÁNDIDA. Maximito, no me alteres; mira, Maximito, que en mi casa no estoy dispuesta a tolerar ni tanto así de filosofía.

MÁXIMO. ¿A qué llama usted filosofía?

CÁNDIDA. ¡Ay! Me parece que tú vienes con las de Caín.

MÁXIMO. Con quién vengo, no lo sé; con quién me voy, sí, señora: con Irene.

CÁNDIDA. ¡Ay, ay! Creo que me da algo.—¿Qué ocurre, hija de mi vida? ¿Por qué lloras así, niña de mi corazón?

- MÁXIMO. No se lo pregunte usted a ella; pregúntemelo usted a mí; porque soy yo, yo, yo mismo, quien va a decírselo a usted, ya que usted tiene empeño en oírlo. Estoy completamente resuelto a decírselo a usted en una sola palabra; pero eso sí, esa palabra con todas sus letras. No le quito ni la *h* que tiene enmedio.
- IRENE. Don Máximo, ¡por Dios!
- MÁXIMO. Déjame ahora; porque ahora o nunca.
- CÁNDIDA. Estás loco. Máximo, yo, tu madre, el cielo.
- MÁXIMO. No, señora; el infierno.
- CÁNDIDA. ¡Ea! Ya me descaré yo. A mí no me chista un sabio, un pobre hombre, un pelele. Tú, lo que tienes, son celos; sí, señor, celos.— Porque este bobalicón está enamorado de ti.
- IRENE. ¡Tía Cándida!
- CÁNDIDA. Tú no lo sabes porque eres otra bobalicona. Así: lo que se dice enamorado. Miren el sabio, el mosquito muerta, el métome en todo. Como si hubiera nacido la mujer capaz de quererle.
- IRENE. No hable usted de esa manera.
- CÁNDIDA. Estoy en mi casa. (A Máximo.) ¿Entiendes, tú? Porque esta casa es mía.
- MÁXIMO. No, señora.
- CÁNDIDA. Será tuya.
- MÁXIMO. ¡Dios me libre! Es de José María.
- CÁNDIDA. No te faltaba más que eso: la calumnia. ¡Eres un mamarracho! Irenita, tú, a tu cuarto, y tú, a la calle.
- MELCH. Señora: el señor don José María.
- CÁNDIDA. (Cambiando de tono, suave, dulce:) ¿El señor, díces? ¡Qué extraño!
- IRENE. ¡Ah! Perdóne usted, don Máximo. (Vase.)
- MÁXIMO. Ya está aquí.
- CÁNDIDA. ¿Tú le esperabas? Eso será entonces.
- MÁXIMO. Vaya si le esperaba.
- CÁNDIDA. Ahora me lo explico. Porque, figúrate tú: una visita tan inesperada; así, de pronto, me alarmé un poco.
- MÁXIMO. Tranquilícese usted.
- CÁNDIDA. Siendo así, me tranquilizo. Y voy a ver qué

tiene Irenita. Ya ves cómo se ha ido. ¡Pobre niña! Le daré un poco de tila.

MÁXIMO. Y usted, otra taza.

CÁNDIDA. A ése, recíbele tú entre tanto. Vosotros dos tendréis que hablar.

MÁXIMO. Poco.

CÁNDIDA. (A Melchora.) ¿Por qué no le dijiste que estaba aquí don Máximo?

MELCH. Yo no sabía...

CÁNDIDA. Buena la hiciste. (Vase.)

MÁXIMO. Que pase.

ESCENA V

MAXIMO y JOSE MARIA

J. MARÍA. ¡Tú...! Qué extraño encontrarnos aquí... Es verdad; ahora caigo en la cuenta: si te dije que vendría hoy por aquí.

MÁXIMO. No; no me dijiste nada. Hace ocho días que no nos vemos; voy por tu casa, y te escondes.

J. MARÍA. Pues mira: juraría habértelo dicho.

MÁXIMO. No era necesario. Ya sabía yo que vendrías.

J. MARÍA. Por casualidad acertaste; porque no he venido nunca. No. La pobre doña Cándida, deseando que conociere su casa, y hoy, al fin, me he decidido a dar una vuelta para que no diga. Quise traer a mi mujer; pero hoy no era posible, y yo dije: "De hoy no pasa." Cinco minutos nada más.

MÁXIMO. ¿Nada más?

J. MARÍA. No puedo, no puedo. La votación del Congreso, ¿sabes?

MÁXIMO. Nada, nada; pues a votar.

J. MARÍA. Una nueva ley sobre la trata de blancas. Cosa muy bien pensada. Soy de la Comisión. Lo peor será que ocurra lo de siempre en este país: que no se cumplirá.

MÁXIMO. Esta vez me parece que se va a cumplir.

J. MARÍA. ¿Crees tú?

MÁXIMO. Ya lo verás.

- J. MARÍA. Es bonita, muy bonita, esta casa. Y muy bien puesta. Tú, por lo visto, vienes frecuentemente.
- MÁXIMO. Es la primera vez.
- J. MARÍA. ¡Ah!—Un cigarrito.
- MÁXIMO. ¿Ahora te enteras de que no fumo?
- J. MARÍA. Tienes razón. Será cosa de llamar a doña Cándida para que demos un vistazo a todo esto. Tengo prisa. ¡Oh! Más de las seis. Mira, mira, yo me voy; dile a doña Cándida que he tenido tanto gusto...; no, que he sentido mucho, y que volveré un día de éstos. Adiós, Máximo. Tú, ¿te quedas?
- MÁXIMO. Y tú también.
- J. MARÍA. Ya; tienes que hablar. Sí, hablaremos; pero ahora no es posible.
- MÁXIMO. No sales de esta casa sin que te diga lo que tengo que decirte.
- J. MARÍA. Pues venga pronto.
- MÁXIMO. No te sientes; no necesitas sentarte, porque termino en un momento, y porque, precisamente, lo que tengo que decirte es que te vayas.
- J. MARÍA. Que me quede, que me marche; ¿en qué quedamos?
- MÁXIMO. Que te vayas y que no vuelvas a poner los pies en esta casa.
- J. MARÍA. ¡Hombre!
- MÁXIMO. Nada más que eso. Tú me prometes ahora mismo no volver más a esta casa, y ya puedes irte a votar la ley contra la trata de blancas. Te he anunciado que esta ley se cumpliría. Ya lo ves; aun sin estar votada.
- J. MARÍA. ¿Cómo?... ¿Tú quieres decir? Me parece que quieres dar a entender... Porque los filósofos tenéis la gracia de hablar de manera que no se os entiende. Y yo quiero las cosas claras, y las situacionnes claras. Tú quieres ponerme de patitas en la calle. Y yo pregunto: ¿quién eres tú para ponerme a mí de patitas en la calle?
- MÁXIMO. Yo soy uno cualquiera, el primero que pasa,

y, al pasar, oye gritos de angustia, y acude a prestar socorro a quien sea.

J. MARÍA. Estamos en una casa que no es la tuya.

MÁXIMO. Sé de quién es; por lo menos, quién la paga.

J. MARÍA. Es verdad; sí, señor. Ya ves que no me duelen prendas y que tus quijotismos son ridículos. Yo, yo he pagado esta casa, que, en buena ley, debiéramos haber pagado tú y yo a medias.

MÁXIMO. ¿Qué dices ahí, José María?

J. MARÍA. Que los dos estamos obligados a velar por la triste vejez de esta pobre señora; y si no te he dicho nada ni te he pedido nada es porque he considerado que tu modesta posición no permitía ciertos gastos. Pero, francamente, Máximo, el que yo haya echado encima de mis hombros toda la carga, no es para que tú vengas aquí a insultarme.

MÁXIMO. Perfectamente. Muy ingenioso. Te doy las gracias por la parte de este nido que me correspondía a mí pagar. Y ahora vete..., vete de aquí y no vuelvas. Sal de aquí ahora mismo.

J. MARÍA. ¡Qué testarudo! Tu terquedad ya me parece sospechosa; muy sospechosa. Vamos, que Irene, que Irenita...

MÁXIMO. Te confieso que el registro de tu filantropía no le esperaba; el de las sospechas, sí. Contaba con él.

J. MARÍA. Todos te han visto hecho un mariposón alrededor de la niña. Hasta mi mujer me dice algunas veces: "Este pobre Máximo, ¡qué enamorado está! Me da lástima de él. Es un infeliz, y no ve que Irene se está riendo de él."

MÁXIMO. Si no te vas, te arrojaré a la fuerza.

J. MARÍA. Herí en lo vivo. Sí, sí que me voy.

MÁXIMO. Pues andando. Y este disgustillo, ¿sabes tú?, se acabó. Desde mañana, tan hermanos como siempre. Siquiera para que no se entere de nada tu pobre mujer.

J. MARÍA. No, si no hay disgusto. Adiós. Cuida, cuida

de Irenita..., ¿eh...? Vigila, hombre, vigila.
Adiós. (Vase.)

MÁXIMO. Gracias a Dios.

ESCENA VI

MAXIMO y DOÑA CANDIDA

(Doña Cándida, suave, melosa y azucarada, asoma la cabeza a la puerta.)

CÁNDIDA. ¿Se fué? ¡Ay! Respiro. Estaba con el corazón en un puño. Hijo, no sabes de la que nos libraste. Sobre todo, de la que libraste a Irene. Máximo: eres un hombre.

MÁXIMO. Señora, haga usted el favor.

CÁNDIDA. Ya sé que te molestan las alabanzas.

MÁXIMO. ¿Quiere usted callarse? ¿Quiere usted dejarme un momento?

CÁNDIDA. Sí, sí; estás en tu casa. Por eso hiciste muy bien en arrojar de aquí a ese hombre, como si de tu propia casa le hubieses arrojado. ¡Ay, si tu pobre madre lo hubiera visto! ¡Qué satisfacción más grande!

MÁXIMO. Repare usted que es mi hermano; que era su hijo.

CÁNDIDA. Tienes razón. En eso no había yo reparado. Y es que si tú no le despides, soy yo, figúrate tú, soy yo la que tiene que despedirle. Con que ya ves el trago tan amargo de que me has librado. Dios te lo pague. Yo no tengo palabras con que agradecértelo. Un día cualquiera, tal vez hoy mismo, me hubiera visto en la necesidad de decirle: “Caballero... caballero...” ¡Horrible, horrible! ¡Gracias, gracias! (Máximo cambie de sitio inquieto.) ¿Quieres ver a Irenita? Ha tenido que tenderse un poco a descansar. Ya se le va pasando.

MÁXIMO. Déjela usted.

CÁNDIDA. La pobrecita, siempre clamando por ti: “Pero ese Máximo.” Eres un ingrátón, eres un so-

so. Vamos, hombre, que con tantísimo como ella te quiere. Tomarás el té con nosotras; ya está todo preparado. Llamaremos a Irene para que te lo sirva.

MÁXIMO. No tomo nada; vaya usted a tomarlo y déjeme solo.

CÁNDIDA. Yo no tomo. Lo mandé hacer para ti.

MÁXIMO. Es usted muy amable.

CÁNDIDA. Pues sí; eres un ingrato. No lo digo por mí; lo digo por ella. Lo que ha sufrido la pobrecita todos estos días que estuvo sin verte. Si necesitas tener el corazón de piedra para no ver que está loca, loca. Con una palabra, sólo con una palabrita que le dijeras...

MÁXIMO. Si no abro ese balcón y la tiro a usted por él es porque temo comprometer a Irene; porque todo lo tengo que arreglar así, a media voz, sin ruido, a la sordina, dominando los nervios que saltan, dominando la sangre que hierve, para no echar a rodar, envuelto en el escándalo, el nombre de esa criatura.

CÁNDIDA. Hijo, me das miedo. Nunca te he visto de esa manera. Yo llamo a Irene.—¡Irene! ¡Irene! (Vase. Aparece Irene silenciosamente, llorosa, sin atreverse apenas a avanzar.)

ESCENA VII

MAXIMO e IRENE

IRENE. (Acercándose quedo, con temor.) Don Máximo...

MÁXIMO. ¿Eres tú?

IRENE. Creí que, después de lo que le he dicho, se iría usted de esta casa para no acordarse más de mí, para no volver a verme nunca.

MÁXIMO. No puedo salir de esta casa sin estar seguro de que sales por delante. ¿Comprendes?

IRENE. Sí, señor, sí, comprendo. Lo que usted diga; lo que usted disponga. (Sentándose muy juntos.)

MÁXIMO. Pues bueno, Irene. Yo..., yo te llevaría conmigo; yo te llevaría a mi casa, a mi propia

casa. Tú, conmigo, estarías tan segura como con tu padre. Pero no puede ser. ¿Verdad que no debe ser? Tú y yo, bueno. Pero están los demás, el mundo, la gente. Porque yo soy, al fin y al cabo, un hombre, aunque catedrático. ¿Qué diría mi hermano? ¿Qué diría doña Cándida? ¿Qué dirían todos? Puede que hasta mi discípulo dijera; sí, puede que hasta Manolo tuviese algo que decir y murmurar.

IRENE. ¡Ah, don Máximo...!

MÁXIMO. No; a mi casa no puedes venir de ningún modo. Pero, ¡ah!, tengo una idea, sublime idea: yo le digo a mi vecina..., creo que tú la conoces: la madre de Manolo Peña, doña Javiera, una mujer excelente.

IRENE. (Levantándose con arrebatado doloroso.) ¡No! ¡Eso sí que no! Con esa señora, nada.

(Máximo la mira con asombro, intensamente, largo espacio. Luego la hace volver a su lado a sentarse.)

MÁXIMO. Irene: ¿es que tú...? ¿Es que Peña...?

IRENE. Sí, señor. El y yo nos queremos con toda el alma. (Intensa emoción.)

MÁXIMO. Tú..., Peña..., mi discípulo... Sí, sí; perfectamente; naturalmente... "Con toda el alma." Sí, sí; muy bien. Pues nada, nada; a casarse..., a casarse. Naturalmente... (Un largo silencio.)

IRENE. ¡Casarse!

MÁXIMO. Naturalmente. Os casáis, y todo arreglado.

IRENE. ¡Qué pronto arregla usted las cosas! Como es usted tan bueno, piensa que todo en el mundo se arregla tan fácilmente.

MÁXIMO. Como que todo lo encuentro mucho más arreglado de lo que yo creía, y no sé por qué me lo habéis tenido tú y él, los dos, tan tapadito. ¿Por qué tanto secreto para mí? Convengamos en que os habéis portado muy mal conmigo.

IRENE. No es culpa mía. El, él fué quien debió decírselo a usted. Y yo bien le decía: "Díselo, díselo." Yo no, yo no tenía valor, don Má-

ximo; yo sentía darle a usted un disgusto muy grande.

MÁXIMO. Pero... ¿qué disgusto? ¿Por qué te figuras tú que yo podía disgustarme? Al contrario: ya me ves. El, mi discípulo; tú, mi... mi..., el cariño más hondo de mi vida solitaria, y los dos me ocultáis vuestros amores como se ocultan relaciones vergonzosas; como si él, como si tú fueses capaz de algo vergonzoso.

IRENE. ¡Ah! (Metida la cabeza entre las manos, se oyen sus sollozos.)

MÁXIMO. ¡Irene! ¿Tú?... ¿Es posible?...

IRENE. Déjeme usted. ¿No le he dicho a usted que yo no merezco que usted me vea, ni que usted me hable? Déjeme usted; perdóneme usted, porque yo le juro que si el hombre a quien tanto quiero me abandona en esta ignominia y me deja para siempre en el mundo con esta vergüenza, ya que tuve valor para perderme, tendré valor para matarme.

MÁXIMO. ¿Matarse? Calma, Irene; Irene, juicio.

IRENE. Sí, señor; matarme! Porque si ha de ser así, con esta vergüenza tan grande encima de mi alma, ni aun con él quiero la vida.

MÁXIMO. Muy bien dicho; así me gustan a mí los caracteres.

IRENE. Se lo juro a usted.

MÁXIMO. Ya, ya. Naturalmente. Vaya, vaya. Todavía no hay para qué ponerse de esa manera. Aquí me tienes a mí.

IRENE. Sólo en usted confío.

MÁXIMO. Sí, hija; sí, confía. Hoy mismo, esta noche misma, hablo con doña Javiera. Comprendo el miedo que tienes a que se oponga a vuestra boda; pero te prometo hacer diabluras para convencerla. Es un alma de Dios. Tengo esperanzas.

IRENE. No es eso. Si es él; acaso es él, don Máximo.

MÁXIMO. ¿El? ¿Manolo? ¿Mi discípulo? Vamos, que se niega ahora.

IRENE. No lo sé.

MÁXIMO. ¿Que no lo sabes?

IRENE. Tengo un miedo horrible de saberlo. No he tenido ni un momento valor para decírselo. Cada vez que lo he intentado me parecía que las palabras me quemaban los labios.

MÁXIMO. Vaya, vaya. ¡ Con qué cosas os quemáis los labios! Y por lo visto quieres que sea yo el que le pregunte. ¡ Ea! Pues sí, señor; se lo pregunto. ¿ Es esto lo que de mí querías? ¡ Ay, Irenita! Se lo pregunto. Déjame a mí; yo me encargo de eso. (Se presenta muy sofocada doña Cándida.)

ESCENA IX

Los mismos.—DOÑA CANDIDA

CÁNDIDA. (A Irene.) Vete de aquí ahora mismo.—¿ Sabes a quién acabo de ver entrar en el portal? ¿ Sabes quién sube la escalera?

MÁXIMO. Ya: Manolo Peña.

CÁNDIDA. ¿ Manolito? Su madre.

MÁXIMO. ¿ Doña Javiera?

CÁNDIDA. La misma.

MÁXIMO. Excelente. ¡ El cielo me la envía!

CÁNDIDA. ¿ Qué el cielo te la envía? Hombre, eres un sinvergüenza. (Se oyen voces fuera.) ¿ Oyes? Buena viene doña Javiera. (Se presenta doña Javiera, que arde. Vase Irene.)

ESCENA X

DOÑA CANDIDA, MÁXIMO y DOÑA JAVIERA

JAVIERA. ¡ Con que no estaban en casa! ¿ Eh? ¡ Con que vuelva usted mañana! ¿ Eh? Mírele usted a él; mírela usted a ella. Un par de fisonomías como para una *estantanea*.

CÁNDIDA. (A Máximo.) ¡ Cómo viene la carnicera! No le falta más que la cuchilla. Y puede que la traiga.

- JAVIERA. Lo único que no veo es la parejita.
- MÁXIMO. Querida vecina, pero ¿a qué pareja se refiere usted?
- JAVIERA. La de los tórtolos. No se acerque usted a mí porque no me he tomado la precaución de cortarme las uñas. En cuanto a la señora, no hay nada de que extrañarse, porque todo está a la vista. Pero usted, usted, santo de Dios, metido en estos negocios. Vivir para ver; y una, tan bruta, que nunca aprende. Es la que decía mi marido.
- CÁNDIDA. Y esta vez tenía razón su marido de usted.
- JAVIERA. Como que era al igual que yo. Toda la parroquia le engañaba.
- CÁNDIDA. ¡Ah, vamos! Acabásemos. Usted viene a cobrar la cuenta. Si usted me lo hubiera advertido antes.
- JAVIERA. A lo que vengo dispuesta es a hacer mondongo. No hay que asustarse; porque, primeramente, vengo por las buenas. Ya lo ven ustedes.
- CÁNDIDA. Sí, señora.
- JAVIERA. Póngase usted como yo, y nos entenderemos.
- CÁNDIDA. No vale la pena; mañana mismo doy a mi administrador orden de pago.
- JAVIERA. ¿Es que va usted a pitorrearse? ¿Es que usted se figura que por tres pesetas he dejado que la sangre *me se* recaliente? ¿Ni que *me se* haya pasado nunca por la sesera el que usted me pagaría los únicos solomillos que comió en su vida? Por lo que yo vengo, usted lo sabe.—Y usted también, que con esa cara de Pascua engaña usted a todo el mundo, como a mí me ha engañado. ¡Quién había de figurárselo! Viéndole tan metidito en sí, tan metidito en casa, y ahora resulta que donde está metido es en el fregao de mi hijo y la maestra de escuela sinvergüenzona.
- MÁXIMO. Basta ya, basta.
- JAVIERA. ¡Qué ha de bastar, hombre!
- CÁNDIDA. Le advierto a usted que en mi casa no tolero escándalos.

JAVIERA. ¿Que no? Pues eso dígaselo usted a su so-
brinita.

CÁNDIDA. Salga usted de aquí; y si no sale inmediata-
mente, me pondrá usted en el caso de traer
una pareja.

JAVIERA. ¿Otra?

CÁNDIDA. ¿Oyes. Máximo? ¿Tú consientes, Máximo?

JAVIERA. Si la parejita que usted tiene que traerme
es la de los tórtolos; si no he venido para
otra cosa. Porque, o yo saco de aquí a mi hi-
jo, aunque sea a rastras, o soy capaz, yo mis-
ma, Javiera Rico, viuda de Peña, carnicera
con casa abierta, a hacer una muy gorda;
vamos, como quien dice: a trasladar aquí el
establecimiento.

CÁNDIDA. Señora... señora..., si ustedes dos tienen
que arreglar cuentas, aquí pueden arreglar
todo lo que gusten. El señor Manso está
aquí como en su casa. Las cuentas mías,
mañana mismo quedan arregladas. Usted lo
pase bien, señora. Y lo cortés no quita lo
valiente: ha tomado usted posesión de su ca-
sa, señora. (Vase Cándida.)

ESCENA XI

MAXIMO y DOÑA JAVIERA

JAVIERA. ¡Ay, Mansito, Mansito! ¡Es usted un des-
ahogado, es usted un fresco, es usted un
mamarracho!

MÁXIMO. Calma, doña Javiera.

JAVIERA. Vea usted el sabio por dónde sale: que aho-
ra resulta que es usted mismo el protector,
el encubridor y el cómplice de amores des-
vergonzados.

MÁXIMO. Siéntese usted, señora; tranquilícese usted,
señora; óigame usted, señora.

JAVIERA. Como si yo hubiera subido hasta aquí para
oír al catedrático y dejarme seducir por sus

palabritas azucaradas. Vamos, don Maximito, que esto, ni con azúcar.

MÁXIMO. Le juró a usted que hasta hace un momento yo no sabía ni una palabra de esos amores; me lo ocultaron a mí, como a usted, como a todos.

JAVIERA. ¡Qué casualidad! ¿Y esta cartita de la tórtola llamando al tórtolo para ir los dos juntos a verse con usted, porque es usted el encargado de arreglarlo todo?

MÁXIMO. No comprendo, no me explico.

JAVIERA. ¡Ay! Usted siempre por las afueras. Pues así consta en el documento. Lea usted: "De hoy no pasa sin ver a D. M. El lo arreglará todo. Seguro, seguro que él lo arreglará todo."

MÁXIMO. ¡Doña Javiera!

JAVIERA. La suerte que este papelito cayó en mis manos; que hace días ando yo escamada; que cartita va y recadito viene; y a una madre como yo no se la da ni un Séneca como usted; y así que le vi salir a Manolo de casa, entro en su cuarto, descerrajo cajones, registro papeles...

MÁXIMO. Muy feo, doña Javiera, eso de registrar papeles.

JAVIERA. Más feo me parece a mí que es el hacerlos. Y usted los está haciendo; que debía darle vergüenza.

MÁXIMO. Pues no me la da, ¡ea!

JAVIERA. Pues le digo a usted que a mi hijo no me le pesca una lagartona, aunque sea la mona sabia que usted protege.

MÁXIMO. Señora, yo no protejo monas. Yo amparo a una pobre huérfana muy inteligente, muy guapa y muy buena.

JAVIERA. ¿Con que usted? ¡Cuando yo decía! ¿Y usted se figura que mi hijo, con todo lo que vale y todo lo que tiene, me va a llevar para casa una maestra de escuela, y que yo me he pasado la vida detrás de la tabla para consentirlo? ¡Ay! Que se le quite a usted eso de la cabeza.

MÁXIMO. Nada, nada. No hablemos más del asunto. Allá usted, allá ellos. Hemos terminado. Usted lo pase bien, doña Javiera. Eso sí: sepa usted que en mi corazón honrado, más que el recuerdo de esta escena tan desgarrada, quedará limpio y puro el recuerdo de nuestra vecindad encantadora. Soy un hombre agradecido, profundamente agradecido a todas las bondades que usted me ha dispensado tan generosa. estoy por decir tan caritativa. Agradecido, eternamente agradecido, mi buena vecina. Permítame usted que le estreche la mano. Usted lo pase bien, señora mía. (Ya en la puerta.) Desde mañana disponga usted de mi piso. Yo me mudo.

JAVIERA. ¿Que se muda? ¿Usted?

MÁXIMO. Después de lo ocurrido aquí, usted lo comprenderá, nuestra vecindad ya no es posible. Sí, señora; me mudo. Siempre agradecido. Usted lo pase bien, doña Javiera.

JAVIERA. ¡Don Máximo!

MÁXIMO. Señora.

JAVIERA. Yo no puedo consentirlo.

MÁXIMO. En eso estamos: en que usted de ninguna manera puede consentir esa boda.

JAVIERA. (Va cambiando de tono hasta acabar en lloro.) No, señor: esa mudanza. ¿Es que he dicho yo algo que pueda ofenderle? ¿Es que ha salido de mis labios palabra injuriosa? ¿Le he insultado yo a usted, por acaso; a usted, el hombre más infeliz del mundo? A todo más, habrá sido mi corazón de madre; eso sí, como madre, en el arrebató, puedo haberme obcecado; porque, ya lo ve usted: es mi Manolo, Manolo del alma, el hijo de mis entrañas, y usted no sabe lo que tira un hijo, que, si lo supiera, me perdonaría el arrebató, la corazonada, y no me daría usted este disgusto tan grande, ni me hablaría de mudarse. ¡Ay! Yo no puedo consentirlo. No, señor. (Mimosa, zalamera, deshaciendo el llanto en sonrisa.) Yo no puedo consentir que mientras

tenga usted a la Petra baldada del reuma se quede usted sin un alma de Dios que le barra la casa, ni le ponga el puchero a la lumbre. Ahora mismo, de que vine para aquí, mandé a mi chica que subiera a limpiar aquel despacho, que parece un mapamundi, y a disponer la cena. ¿Le gustan a usted los pichoncitos? Pues le mandé un par de ellos, preparados por estas manos que se ha de comer la tierra. ¿Y qué me dice usted de las salchichas de mi pueblo? Pues recién llegadas las cenará esta noche. Se chupará usted los dedos. Y siga usted pidiendo por esa boquita.

MÁXIMO. ¡Cuánta bondad hay en el mundo!

JAVIERA. Vamos, ¿a que ya no insiste usted?

MÁXIMO. ¿En casarlos?

JAVIERA. En mudarse. ¡No me busque usted el genio! Una madre es una madre. Y luego todo lo que usted quiera. Adonde usted se muda es a la casa nueva que acabo de comprar. Le reservo un pisito, para no dejarle solo.

MÁXIMO. Imposible; casa de lujo; muy cara.

JAVIERA. No, señor; no, señor: al mismo precio.

MÁXIMO. Ya veremos. ¿Por qué no reserva usted ese pisito... para..., ¿eh?...

JAVIERA. ¿Para quién?

MÁXIMO. Para los novios.

JAVIERA. ¿Quiere usted que riñamos otra vez? Está usted insoportable, señor Manso, y con una madre no se juega. Si se casan, allá ellos; pero esa niña que no piense poner los pies en mi casa.

MÁXIMO. Pues por eso: les reserva usted un piso del todo independiente, y que no pongan los pies en su casa.

JAVIERA. No quiero encontrármelos ni en la escalera.

MÁXIMO. Obligación de que entren y salgan por la interior.

JAVIERA. ¿A que le dejo a usted sin cenar esta noche?

MÁXIMO. Si precisamente esta noche necesito que su hijo de usted suba a cenar conmigo.

- JAVIERA. Mejor será que cene usted con nosotros.
MÁXIMO. No, señora. Es para hablar con él a solas.
JAVIERA. Así me gusta. Eso, eso. Háblele usted. Duro, muy duro.
MÁXIMO. Mucho más duro de lo que usted se figura.
JAVIERA. Me voy entonces. ¿Qué hago yo aquí? Háblele usted. Hasta la noche. Ya sabe usted que es mi hijo. Duro, muy duro. El café se lo subirán a ustedes de mi casa. Es usted un bendito. Y quería usted mudarse. ¿Que se le quite a usted eso de la cabeza! Adiós, adiós, vecino. (Ya en la puerta.) El café cargadito, ¿verdad? Cargadito... Duro, don Máximo, duro. (Vase.)

ESECENA XII

MAXIMO, MELCHORA; después, PEÑA

- MELCH. El señorito Peña aguarda en el comedor.
MÁXIMO. ¿Con la señorita Irene? ¿No es eso?
MELCH. No, señor; en esta casa de ninguna manera.
MÁXIMO. ¡Ah, pilló!
MELCH. Si usted quiere, le llamo aquí.
MÁXIMO. Eso es. (Vase Melchora.) Apuraré el cáliz de la amargura hasta el final. Por ella todo el sacrificio; y después..., después a mis libros. Libros de mi vida: ¿por qué me abandonasteis? ¿Por qué os abandoné?
PEÑA. Perdón; creí que hablaba usted con alguien.
MÁXIMO. Con la sombra de Hegel, tal vez. Me pareció verla delante, preguntándome: “¿Cuándo acaba usted, amigo Manso, aquel prólogo de mi traducción?” Espere usted, amigo Hegel, espere usted.
PEÑA. Le faltaba a usted muy poco.
MÁXIMO. Casi nada: un pequeño estudio sobre la ironía en el arte. Pero quise documentarme. ¡Pilló!
PEÑA. Maestro.
MÁXIMO. ¡Pilló!

- PEÑA. He venido a esta casa porque...
- MÁXIMO. Te has cogido los dedos con la puerta.
- PEÑA. ¿Por qué?
- MÁXIMO. Porque te has creído obligado a darme una explicación de por qué vienes a esta casa.
- PEÑA. Es que yo... es que usted...
- MÁXIMO. No te esfuerces en buscar la mentira, porque ya sé la verdad.
- PEÑA. ¿Qué sabe usted?
- MÁXIMO. ¡Y quieres que te lo cuente! ¿No te da vergüenza oírlo? A mí me la daría de contarlo. No, no está bien lo que has hecho. Te has valido del amor de Irene para engañarla.
- PEÑA. Maestro mío: le advierto a usted que yo la quiero.
- MÁXIMO. Eso faltaba: que, además, no la quisieras.
- PEÑA. Es que mi amor es tan grande como el suyo.
- MÁXIMO. Hijo mío, eso cuéntaselo a ella.
- PEÑA. Se lo digo a usted por si es que duda.
- MÁXIMO. Del amor en alma joven, ¡ay!, no; no dudo. Si el querer solamente, ya es hermoso, ¿qué no será si, además de querer, somos queridos? Esto es lo fácil, esto es lo dulce; pero después, al despertar del sueño, en medio de la vida, en medio de esta realidad áspera y dura que nos rodea, unos convierten el amor en sacrificio de todos los días; otros, en canallada de unas cuantas horas.
- PEÑA. Hágame usted el favor: estoy aquí para responder de todos mis actos.
- MÁXIMO. Quieres decirme, discípulo mío, que estás dispuesto hasta a casarte con Irene, si es preciso. Allá tú. Yo no te he llamado para llevarte hasta la Iglesia.
- PEÑA. ¿Qué va usted a aconsejarme entonces?
- MÁXIMO. Me gusta la salida.
- PEÑA. ¿Para qué me llamó usted entonces?
- MÁXIMO. Parece imposible que yo te haya tenido por un hombre de talento. Esto del amor es cosa grave: ciega, ofusca, perturba. ¿Cómo has podido imaginarte que te llamaba para no nerte el puñal al pecho; para decirte, en tono

de padre calderoniano: “Señor mío, o repara usted la falta casándose sobre la marcha con esa mujer, o le atravieso el pecho con la punta de mi espada”? Nada de espadas, Manolito, ni de manchas en la honra, ni de doncellas seducidas. Seamos hombres de nuestro siglo; hablemos prácticamente: ¿quieres casarte? Pues ahí la tienes; perfectamente. La solución no me parece del todo mala. Por el contrario: tú crees que esto del matrimonio es para pensarlo más despacio, que tal vez no sea Irene la mujer que te convenga para toda la vida, que, por tu posición, por tu porvenir, por tu fortuna, puedes aspirar a cosa más alta, lo que se llama un buen partido, una gran boda. Efectivamente. Hay que andar con pies de plomo y no dejarse llevar del amor, que es cosa muy ligera, con alas de mariposa. ¿No hay boda? Perfectamente. Tampoco esta solución me parece mala.

PEÑA. Si no supiera que es usted el hombre más formal del mundo, creería que me estaba hablando en broma.

MÁXIMO. ¡Sí que es para bromitas el asunto! Yo quiero que te decidas por lo más humano para ti y para ella. Cásate, si la has de hacer feliz; pero feliz toda la vida. Déjala si tienes la menor duda del mañana.

PEÑA. ¿Es posible que usted me diga que la deje? ¿Y que me lo diga cuando acaba de oírme que la quiero con toda el alma?

MÁXIMO. Es que al decirte *dejarla*, no ha de ser cuando te cases, en hora de veleidad, en día de hastío. No; eso, no; y para esto estoy yo aquí, y para eso te he llamado, sin perder ni una hora, ni un minuto, ni un segundo. ¿Comprendes, comprendes que no hablo en broma? Dejarla, es dejarla hoy mismo, ahora mismo; es no volver a verla.

PEÑA. No siga usted. Hoy no comprendo la vida sin ella, y este hoy es tan grande, que durará toda mi vida.

MÁXIMO. Espera.—¡ Irene...! ¡ Irene!

PEÑA. ¿ Qué va usted a hacer?

MÁXIMO. Darme el placer supremo de ser yo quien se lo diga.—¡ Irene!

ESCENA ULTIMA

Los mismos.—IRENE y DOÑA CANDIDA

CÁNDIDA. ¿ Qué ocurre? ¿ Qué es esto?

MÁXIMO. Que necesito hablar con Irenita inmediatamente.

CÁNDIDA. Irenita...

IRENE. ¡ Ah...! (En la puerta. Pausa.)

MÁXIMO. Ahí le tienes.

IRENE. (A sus pies.) Don Máximo...

MÁXIMO. Discípulo mío, es tuya. Yo mismo, como si fuese su padre, te la entrego. Es tuya.

CÁNDIDA. ¿ Qué es eso, Máximo? ¿ Qué dices?

MÁXIMO. Ya lo ve usted. Que se casan.

CÁNDIDA. (Con lágrimas.) ¿ Qué va a ser de mí entonces? ¡ Quedaré sola en mi vejez!

IRENE. Eso, no; eso, no. Yo a usted no la abandono. Usted con nosotros.

CÁNDIDA. ¡ Ay, Irene! Dime que eso es verdad, dime que no es un sueño, y esta pobre mujer te pedirá perdón a ti, a todos, de todas sus mentiras, de todos sus enredos, de todas sus maldades. ¿ Es verdad que voy a tener un hogar en donde vivir tranquila? Pues juro que será mi vejez limpia y honrada.

MÁXIMO. Vamos, doña Cándida...

CÁNDIDA. Fuí mala porque me hizo mala el hambre; el hambre, consejera de todas las grandes maldades de la vida.

MÁXIMO. Yo también he sentido en mi vida, yo también he sentido en mi alma, más que el hambre, la sed, sed de un cariño muy puro, ansia de un amor muy hondo; amor tan grande, que, aun siendo tan amargo, será dulzura de

mi vida solitaria. (Pasándose las manos por los ojos. Movimiento compasivo en todos.) No, no creáis que lloro; no creáis que sufro. Vuelvo a mi soledad, vuelvo a mis libros, llevando conmigo, como recuerdo de mi rápido paso entre las gentes, algo más grande que el sacrificio de un amor: el amor de un sacrificio.

TELON







PRECIO: 2 PESETAS.

